

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes y 36 rs. al trimestre.—En las provincias: 20 rs. al mes y 60 rs. al trimestre.—En Ultramar: 30 rs. al mes y 90 rs. al trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 53 y 40, cuartel principal de la derecha, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

En cuanto a la invasión de turcos y rusos en los Principados danubianos, no hay nada de lo dicho. El mismo telegrama que citó hasta los nombres de los generales que mandaban al ejército invasor, que dijo primero que las poblaciones de Moldavia no ofrecían resistencia, y que añadió que Bucharest se preparaba a resistir energicamente, desmiente hoy la noticia con la mayor frescura. No hay que extrañar, por tanto, que acojam siempre con desconfianza las noticias telegráficas.

No se ha desmentido igualmente la entrada del príncipe Carlos Hohenzollern en los Estados moldo-valacos. Todos los diarios extranjeros dan cuenta del hecho con más o menos pormenores, y todos dejan entender que ha causado sorpresa la premura y falta de solemnidad con que el Soberano electo ha tomado posesión de su Trono. Ya se ve, son tan frecuentes en el derecho nuevo las elecciones y destituciones de Monarcas que casi tienen ya menos importancia que un simple cambio de ministerio. No obstante, como hoy se enlazan todas las cuestiones unas con otras, como a pesar del moderno principio de no intervención procuran las naciones que están en condiciones para ello intervenir en todo, lo más que pueden, de donde resulta que cuando un Gobierno quiere suscitar dificultades a otro, el suceso más indiferente de la más extraña nación le sirve de pretexto; no falta quien quiere ver la influencia del conde de Bismark en la subita presencia de Hohenzollern en los Estados del Danubio.

Con verdad o sin ella, es lo cierto que corre y se repite con insistencia la noticia de que Austria no se negaría a un arreglo mediante la cesión del Veneto, con tal de que se le compensase esta pérdida en el dinero, sino en territorio. Esta noticia hizo que los políticos fijasen desde luego su vista en los Principados danubianos, que con tantas dificultades tropezaba para la elección de un hospodar y que como territorio *millius* era el indicado como más a propósito para dar a Austria la compensación que pedía por la cesión de Venecia. Aun dado caso que no fuera cierto que Austria hubiera hecho tales manifestaciones, fácil es que su anuncio haya hecho caer a Bismark en la cuenta de que era posible que las hiciera. Y será, pues, temerario imaginar que ha querido prevenir cualquier negociación que pudiera entablarse respecto a los Principados danubianos? No hace aun muchos días que los periódicos publicaban una especie de manifiesto de la conferencia de París, en el que se declaraba opuesta a toda candidatura de Príncipe extranjero para el Trono de Rumania; por otra parte la ocupación militar por cuenta de Turquía ya que no sea un hecho era un temor bastante general; por consiguiente era preciso obrar con premura: y como el conde de Bismark conoce bien todas las mañas del derecho nuevo, ha encontrado modo de oponer a la voluntad de las Potencias garantizadoras el respetable obstáculo de un hecho consumado. Resta saber ahora si, no obstante el respeto que aquellas profesan a las teorías internacionales de la escuela revolucionaria, se darán en esta ocasión por satisfechas.

Por de pronto, justamente al terminar estas líneas tropezamos con otras del *Avenir national*, en las que da cuenta de un telegrama particular que le anuncia que Rusia ha protestado contra la entrada del príncipe Hohenzollern en Moldo-Valaquia. Es imposible sacar nada en limpio de las noticias contradictorias que el telegrama nos transmite respecto a las negociaciones para la reunión del proyectado Congreso. Austria acepta el programa propuesto por Napoleón, Austria no ha aceptado, pero es seguro que aceptará, los gabinetes de Berlín y Florencia aceptan seguros de que Austria no aceptará, Austria propone reformas, Rusia está de acuerdo con Inglaterra y Francia, se espera el acuerdo de Rusia, tales son los datos seguros que tenemos para juzgar acertadamente del asunto.

Le *Journal de Dresde* ha publicado un despacho telegráfico fundado sin duda en ellos, anunciando que el Congreso ha sido aceptado por todas las potencias, y que la primera reunión de los plenipotenciarios se celebraría el viernes; el viernes próximo decía el despacho fechado en 21. Nada nos ha dicho el telegrama en cuanto a esta segunda parte, y la primera está terminantemente desmentida por un telegrama de Berlín que publican los diarios extranjeros.

Por si no era bastante la loca exaltación que en los italianismos ha producido la formación de los batallones de voluntarios y la rehabilitación del solitario de Caprera, acaba de publicarse un novísimo manifiesto del oráculo de Londres, el prescripto Mazzini, *Venecia antes que*

Roma! es el título de este documento. Según Mazzini, Italia debe exigir a todo trance que se haga la guerra. «Es necesario, dice, que el país haga inevitable la guerra con aliados y sin ellos. Hasta ahora la emancipación de Venecia ha sido un deber, pero hoy es una necesidad.... La guerra debe ser exclusivamente italiana. Nada de alianzas con Prusia; pero si la alianza está hecha, que quede oculta como una falta.»

Por lo visto Mazzini no se fia del improvisado liberalismo de Bismark. No nos parece, sin embargo, que obre en esto tan cuerdate como el Gabinete de Florencia. Hagase el milagro, mas que lo haga el diablo; ha dicho este, y con él todos los revolucionarios a quienes no han ocurrido los escrúpulos que a su pontífice. «Puesto que Bismark nos ofrece su apoyo, y un apoyo tan eficaz como el de adelantarnos una considerable cantidad de dinero, de que tanto hemos menester, aceptemos los ofrecimientos de Bismark.» Así han discurrido sin duda Lamarmora y sus colegas, y a la verdad, esto es discurrir más liberalmente que lo hace Mazzini.

Son muchas las correspondencias que hablan de la propaganda que las sociedades secretas y especialmente los agentes italianos, están haciendo del Danubio al Adriático. Algunos llegan a decir que es inminente el desembarco de Garibaldi en Iliria o en Dalmacia, con el pretexto de ir a proteger a los pueblos que quieran unirse a Italia.

Segun dicen ayer de París, queda completamente desmentida la noticia de la entrada de un ejército de turcos y rusos en los Principados. No existe, pues, la grave complicación que esto traería a la celebración del Congreso que se proyecta.

El Gobierno chileno se ha dirigido al de Inglaterra pidiendo la separación del ministro inglés en Santiago, Mr. Thompson.

Créese que las noticias del Callao relativas a la prisión de los españoles no son más que la reproducción de las mismas que llegaron por el correo anterior.

El Gobierno chileno ha destituido a su representante en Londres.

No hay nuevas noticias de las operaciones de la escuadra española.

La aceptación de Austria a la idea del Congreso con las bases establecidas por Francia puede considerarse ya como un hecho, porque el Gabinete de Viena ha pedido y obtenido cierta variación en el programa respecto a la cesión del Veneto, variación que, sin embargo, no altera la base de las negociaciones.

El Congreso, pues, se verificará: ninguna de las Potencias quiere echar sobre sí la responsabilidad de provocar la guerra.

La Dieta ha adoptado por unanimidad la proposición de los Estados que asistieron a la conferencia de Bamberg. Los representantes de Austria y Prusia acompañan sus votos de una declaración estrañando que Wurtemberg estuviese unido a los autores de la proposición, habiendo contribuido con sus armamentos al conflicto presente.

La declaración de Austria y Prusia añade además que Wurtemberg solo podría probar su intención de mantener la paz presentando una proposición para que se convoque para el 9 el Parlamento.

La Asamblea garantizará esta proposición, y ella sería el medio de que los Estados alemanes entrasen en vías pacíficas, tratando de conciliar todos los intereses e impidiendo toda política belicosa.

Austria y Prusia insisten en pedir la convocación del Parlamento, único medio quizá de impedir la guerra entre los Estados alemanes.

Oldemburgo ha pedido que se examinasen sus pretensiones sobre el Holstein.

Holanda insiste en la salida del Luxemburgo de la Confederación.

Las noticias traídas a Saint-Nazaire por uno de los buques de la compañía general trasatlántica, anuncian que había llegado a Lima la nueva del bombardeo de Valparaíso, ocasionando algunos desórdenes.

El Gobierno peruano había ordenado que todos los españoles residentes en Lima y el Callao se presentasen en la prefectura. En efecto, todos ellos obedecieron inmediatamente y fueron reducidos a prisión, haciéndose extensiva esta medida a todas las provincias de la República.

El 21 de Abril, fecha a que alcanzan las noticias del Callao, existían 200 españoles presos y encerrados.

En la Bolsa de París se cotizaban ayer los fondos a los precios siguientes:

Fondos españoles: el 5 por 100 a 55.

Fondos franceses: el 5 por 100 a 64-25, y el 4 1/2 a 95-25.

Los consolidados ingleses quedaron ayer en Londres de 85 1/4 a 5/8.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 26 DE MAYO DE 1866.

EL DISCURSO DEL SR. NOCEDAL.

Nuestros habituales lectores habrán observado sin duda la sobriedad de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL al hablar del voto particular del Sr. Nocedal. Por lo mismo que este insigne orador y hombre de Estado piensa generalmente como nosotros; por lo mismo que indisputablemente es la figura más importante y elevada que defiende las ideas católico-monárquicas en el Congreso, solemos detenemos en ensalzarle como lo merece.

Nosotros los retrogrados, nosotros los adversarios del liberalismo, somos así: no solo amigos, sino celosos de nuestra independencia. Voluntariamente dependemos de la maestría inerrable de la verdad necesaria; haciendo a Dios racionalísimamente el voluntario obsequio de nuestra razón en las cosas de fe, y siguiendo no menos racionalmente las enseñanzas rectamente deducidas de la moral por la escuela filosófica católica, dejamos y nos tomamos amplia libertad en lo dudoso, y por que en la duda haya quien opine de distinta manera que nosotros, no nos creemos separados de él, ni menos obligados a seguirle.

Los partidos liberales proceden de distinta manera. Ellos que niegan la infalibilidad de la Iglesia y del Romano Pontífice; ellos que desconocen su supremacía, en el mero hecho de ser partidos reconocen y acatan la supremacía, la infalibilidad de un hombre y generalmente de una espada, y cómo esta preeminencia nada tiene de divina, nada de sobrenatural, idolatran en ese hombre y tienen hasta para sus defectos, para sus notorias faltas todo el incienso de las tres Arabias.

El Catolicismo no rebaja así la dignidad humana: el Catolicismo es más libre; y esta es una de las principales razones en que constantemente nos fundamos para sostener que solo en el Catolicismo está la verdadera libertad, al paso que en el liberalismo vemos rigurosa y esencialmente la tiranía verdadera.

Hacemos estas ligerísimas observaciones para demostrar la imparcialidad del juicio que vamos a emitir acerca del discurso que ayer pronunció el Sr. Nocedal en defensa de su voto particular. El diputado católico tuvo buen cuidado de advertir en su exordio que hablaba por cuenta propia, que iba a manifestar sus opiniones particulares: ni siquiera tomó la voz, como hubiera podido hacerlo, de los diputados que con él han sido elegidos, y cuyos votos suelen ir constantemente con el suyo: todo lo cual nos da mayor desembarazo para declarar que pocas veces el Sr. Nocedal ha interpretado más felizmente nuestras ideas y sentimientos que en la sesión de ayer. Puede haber aun en su peroración algunos puntos realmente de poca importancia con los cuales no nos hallemos enteramente conformes. Entre las economías indicadas por el ilustre diputado se encuentra, por ejemplo, la de algunas universidades, y esta opinión, como saben nuestros lectores, es contraria a la de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, que repetidas veces ha manifestado que deben subsistir todas las que existen, aunque en los sitios en que fueron fundadas; pero esta diferencia hace resaltar todavía más nuestra conformidad en los puntos capitales, por lo mismo que la conformidad nace exclusivamente del sincero deseo de la verdad que nos es común a todos.

Dicho esto, volvamos ya los ojos al discurso y apresuremos a decir, que hace muchos años que no se ha pronunciado una peroración que tan honda impresión haya producido en el Parlamento. Acababa de ocurrir un accidente parlamentario castizo. El Sr. Gonzalez Serrano, que hasta aquí era uno de los fieles de la mayoría; el señor Gonzalez Serrano, el del famoso *tacto de codos*, con motivo de defender la memoria del difunto Sr. Pacheco, se dejó decir que la cuestión de los certificados de cupones podía ser para la Unión liberal lo que la de los cargos de piedra había sido para los moderados. Estas palabras trajeron de improviso la tempestad. Al sentir el hierro candente sobre sus espaldas, levantóse indignado la Unión liberal, y tomando la frase en sentido aún más duro del que realmente tenía en boca del orador, la rechazó con razón, debemos francamente confesarlo. El señor Rios y Rosas estuvo admirable en aquellos momentos, y gracias a su energía, a su prudencia y aun a su prevision, quedó desvanecida la tormenta.

Pues bien; en aquel mismo momento se levantó el Sr. Nocedal. El Congreso estaba cuajado de gentes. Ni un sitio vacío en los escaños; ni un solo hueco en las tribunas: todas las mi-

radas fijas en el orador. La situación era capaz de perturbar el ánimo más sereno, el corazón más tranquilo. Y, sin embargo, el Sr. Nocedal, en medio de aquella atmósfera cargada de electricidad, tuvo bastante fortaleza, no ya para hablar sin conmoverse, sino para sacar partido y tomar asunto de su exordio, del incidente que acabábamos de presenciar.

Dióle este materia para recordar sus principios contrarios al parlamentarismo y sentar por medio de la mas natural de las transiciones oratorias la proposición de que el proyecto de las autorizaciones era eminentemente parlamentario.

Pero el ser parlamentario no significaba que fuese constitucional, sobre todo entendiendo, como el orador entendía por constitutivo en la nación española, los principios fundamentales y tradicionales de nuestra sociedad. Amplió luego su tesis proponiéndose probar que las Cortes no podían dar la autorización pedida, ni debían concederla aunque pudiesen. En el primer punto se extendió sobre las dictaduras, pues de dictatorial calificó el proyecto, y luego sobre la falta de confianza que inspiraban los presuntos dictadores.

Quedábase la segunda parte en que dividió su discurso, a saber, que el Congreso no debía darse voto de omnínoda confianza aunque pudiese: esto es, que las autorizaciones iban a recaer sobre cosas injustas e inconvenientes, y procediendo a la demostración, principió a tratar la cuestión de los cupones en el terreno legal. Esta parte fué la mas principal de su discurso, y al concluirla se vio forzado a pedir al presidente que no se prorrogara la sesión, porque se sentía sin fuerzas para seguir hablando.

El Sr. Rios y Rosas accedió a ello al punto, y se levantó la sesión, quedando el orador para la de hoy en el uso de la palabra.

Habría sido una verdadera falta de caridad, una crueldad, el obligarle a continuar hablando un solo minuto más. El Sr. Nocedal producía admiración y embeleso en la mayor parte de su auditorio, y compasión, profunda lástima al propio tiempo. Sentíasele enronquecer, irle faltándole la voz por grados; veíasele padecer físicamente, y daba pena el considerar que aquella voz, elocuentísima y tan bien empleada en la causa de la verdad, no puede seguir resonando mucho tiempo en el Congreso, si de ella sigue abando el orador tanto en el foro como en el Parlamento. Y sin embargo, dominando el espíritu a la materia, y la voluntad al instinto de propia conservación, el Sr. Nocedal habló ayer dos horas enteras, y no pidió la suspensión sino tres minutos cabales antes de transcurrir las horas de reglamento, y eso porque acababa de terminar una de las partes en que ha dividido su discurso.

A pesar de todo, urdiase en los pasillos la trama de prorogar la sesión, de hacer que el orador tuviese, que cortar únicamente su discurso, o de que cayese desfallecido, exánime, en el banco. Corramos un velo sobre estas escenas. El plan era de tal género, que faltó a sus autores el valor de ponerlo por obra. Hay cobardías que honran: hay miedo muy semejante al pudor.

Por las leves indicaciones que hemos hecho acerca de la trama del discurso, puede inferirse ya que en él hay verdadero plan y método oratorio; que tiene unidad de pensamiento, orden y claridad en la distribución de las distintas partes que le componen; y por consiguiente que no es una de esas vulgares peroraciones que a lo sumo son notables por los rasgos de ingenio o de elocuencia esparcidos a la ventura. El discurso del Sr. Nocedal es un verdadero discurso oratorio; de los pocos que oímos en el Congreso, donde se habla mucho y se perora muy poco. Mas no se crea por eso que es una composición retórica en que sólo brillan las cualidades del arte y faltan las del ingenio, las de la inspiración. Hay en el discurso de ayer más espontaneidad quizá que en ningún otro del mismo orador. Hay claridad suma en los raciocinios, fuerza nacida de la verdad, y que de consiguiente arrastra y subyuga; hay discreción, soltura y rasgos de verdadera, de maciza elocuencia.

La parte relativa a los cupones, que fué la postrera, es admirable. Sólo de este modo se concibe que una cuestión jurídica, tratada no ante magistrados ni letrados; sino ante una Asamblea política, fuese una de las que más cautivaron la atención. El epifonema con que termina: «¡Quiera Dios que al tiempo de votar los hombres no os convirtáis en mujeres!» es uno de los más bellos, oportunos y aun terribles que se han pronunciado en un Parlamento.

Frases de esta especie abundan en el trozo relativo a la dictadura. Cuasi todo él está a gran altura, y fué seguramente uno de los que mayor impresión hicieron en la mayoría.

Al concluir el orador, se agolparon los diputados a felicitarle. El Sr. Nocedal, fatigado, rendido, apenas podía contestarles más que con un apretón de manos. ¡El Sr. Nocedal recibiendo los plácemes del Parlamento, de ese mismo Parlamento a quien acababa de decir las verdades más amargas y más duras que se le han dicho, que acaso pueden decirse jamás! ¡Qué triunfo de la elocuencia! Digamos otra cosa que de seguro sonará mejor todavía en los oídos del ilustre orador católico: ¡Qué triunfo de la verdad!

Concluamos la impresión general fué terrible. El ministerio quedó moralmente muerto.

En la sesión de anoche el Sr. Conde de Heredia Spínola, de acuerdo con sus compañeros los diputados por Navarra, dirigió una pregunta al Gobierno para averiguar el motivo de no haberse pagado en aquella provincia los intereses de la deuda vencidos en Diciembre del año pasado, cuando se anuncia que va a pagarse en Madrid y el extranjero el semestre que ha de vencer en 1.º de Julio próximo.

Sobre esta falta de equidad, sobre esta enorme injusticia llamó la atención el celoso diputado por Navarra, anunciando una proposición que suscribieron los diputados navarros, si aquella falta no se remediaba pronto.

Quiso también tomar parte en la cuestión el Sr. Sanchez Aso; pero el reglamento no se lo permitía.

No se hallaba presente el señor ministro de Hacienda, y por eso contestó el de la Gobernación con las generalidades de costumbre.

El abandono en que tiene el Gobierno de la Unión liberal a la provincia de Navarra, se comprueba con la siguiente relación de las obligaciones que están en descubierto en aquella tesorería:

	Rs. vs.
Intereses de la deuda consolidada y diferida correspondientes al semestre de 31 de Diciembre de 1865.....	500,000
Intereses de inscripciones a corporaciones civiles.....	600,000
Depósitos voluntarios vencidos.....	2,000,000
Carabineros.....	700,000
Empleados activos, Marzo y Abril.....	350,000
Clases pasivas, Febrero Marzo y Abril.....	700,000
Culto y Clero.....	700,000
Presupuesto de la Guerra.....	1,000,000
Premios de expención de tabacos a los estancieros en Febrero, Marzo y Abril, a pesar de estar mandado que se les abone al hacer la saca de tabacos.....	80,000
Otras varias obligaciones.....	500,000
Total.....	7,150,000

A los 7.150,000 rs. precedentes, pueden agregarse millon y medio más que importarán las obligaciones del presente mes de Mayo.

La Caja de Depósitos tiene suspendidas las devoluciones desde 1.º de Marzo, y cantidades de consideración no se han devuelto desde Febrero, por lo que muchos imponentes han renovado los depósitos en lugar de sacarlos, como lo deseaban.

No ha ocurrido un conflicto en este completo abandono, gracias a que los establecimientos de crédito han descontado pagas a los empleados activos y pasivos, muchos de los cuales han dejado las nóminas en garantía al descontar sus pagas vencidas.

Creemos que hay razón para llamar seriamente la atención del Gobierno, y para que este seriamente lo medite.

Dijimos no há muchos días que el general O'Donnell andaba un poco agitado de los nervios, como acontece siempre que las cosas salen al revés de nuestro gusto. Ello no sabemos si será por esto o por otro motivo oculto a nuestra penetración; es lo cierto que no pasa día sin que el señor presidente del Consejo de ministros nos dé una muestra de su desasosiego.

Ayer mismo, sin ir más lejos, en un incidente promovido en el Congreso por algunas palabras del Sr. Gonzalez Serrano, el general O'Donnell sintióse tan fuera de sí, tan extremadamente sulfurado, que lo menos, lo menos que se nos antojó al verle en tan lastimoso estado, fué que sin pérdida de tiempo iba a poner su dimisión a los pies del Trono.

Y moviéndose a esta sospecha, principalmente, las elegiacas exclamaciones con que se lamentaba de las amarguras del poder, exclamaciones tan profundamente sentidas, tan dolorosamente expresadas, que el público dejaba correr sus lágrimas hilo a hilo y cuerda a cuerda, como diría Quevedo, desde las tribunas hasta el alfombrado pavimento del salón.

Contemos cómo fué el caso, para que nuestros lectores sepan el origen de esta desazon parlamentaria.

El Sr. Gonzalez Serrano, tal vez por prestar más belleza a su discurso, dióle infeliz remate con este peligroso simil.

«Los cupones son semejantes en sus efectos para los partidos a los cargos de piedra.»

¡Qué quiso oír el ministerio! ó mejor dicho, ¡qué no quiso oír el ministerio! Las palabras del señor diputado fueron una bomba cayendo sobre un montón de combustible.

Levantóse el ministro de Hacienda, y con templanza contestó á las palabras del Sr. Gonzalez Serrano; más el general O'Donnell, á quien ya se le hacia agua la boca, apenas terminó su compañero de banco, dió un respingo, irguióse temblando de indignación y lanzó al viento su trémula voz con la siguiente frase: «No se juega con la honra de los hombres, Sr. Gonzalez Serrano.» Y luego poco más ó menos: «Nosotros no manejamos asuntos como el de los cargos de piedra: aquello fué un delito, y cómo se compara un delito con lo que no lo es?»

La comparación no es exacta. (Textual.) (Rumores.) El Sr. Presidente: Orden, orden. El Sr. O'Donnell: Deje Vd. las tribunas. ¡Rumores! ¡No me asistan los de las calles y me harán temblar los de las tribunas! ¡Pues hombre, esto faltaba! En cuanto al Sr. Gonzalez Serrano, sepa que nosotros somos muy puros, si señor, purísimos; y muy limpios, si señor, limpiísimos....

El Sr. Gonzalez Serrano: Pido la palabra.... El Sr. Alonso Martinez (Aparte): Como no pidas dinero.

El Sr. Presidente (al Sr. Gonzalez Serrano): Si ya ha explicado Vd. sus palabras, hombre.... Que hable el señor ministro de Estado.

El señor ministro de Estado: No tengo inconveniente; pero antes que explique el Sr. Gonzalez Serrano....

El Sr. Gonzalez Serrano: Pido la palabra.

El Sr. Alonso Martinez (ap.): Dale con pedir. El señor Presidente: ¡Vaya! pues hablaré yo para que Vds. callen.... (Aparte.) A que cojo la campanilla.... (Alto.) Digo que el Sr. Gonzalez Serrano es un guapo chico, y los señores ministros tambien.... Con que así, alto y descanse y á otra cosa.

Con esto apaciguáronse los ánimos, limpióse el sudor el general O'Donnell, acarició por última vez la campanilla el señor presidente, y todo quedó en disposición de volverse á repetir la broma cuando menos se piense.

Copiamos de La Nación:

«Han terminado hace días las oposiciones á la cátedra de filosofía del derecho, en las cuales han brillantes pruebas de su ciencia y su talento han dado dos de los señores opositores, y principalmente el ilustrado joven D. Francisco Giner, á quien han designado con loable imparcialidad para el desempeño de la cátedra los tres que componían el tribunal.

Pronto, pues, lo esperamos, será provista la cátedra de filosofía del derecho, tan necesaria, tan útil, y sin embargo vacante desde el lamentado fallecimiento del Sr. Permyer, que la desempeñaba. Y esperamos que la provisión de la cátedra en el digno jurista que ha sido designado como merecedor de ella por el tribunal censor de las oposiciones, sea pronta, sea inmediata, con tanto mayor fundamento, cuanto que así secundamos los deseos del señor marqués de Vega Armijo, que con plausible rectitud se ha opuesto á que esta cátedra se proveyera por designación discrecional, y se ha empeñado en que se sacara á oposición.

Hechos los difíciles ejercicios en que continúan los dignos de él ha encontrado, y mereciendo que el tribunal lo propusiera al ministro de Fomento, estamos seguros de que el Sr. Giner será el profesor de filosofía del derecho.

Descansando en esta seguridad, damos sinceros parabienes al joven victorioso y á la Universidad central que tendrá en su claustro un hombre de fé en la ciencia.»

Nosotros nos limitamos á manifestar que el opositor justamente alabado por La Nación al lado del Sr. Giner, es D. Manuel B. Tarrasa, catedrático de derecho romano en la universidad de Salamanca, persona respetabilísima por sus conocimientos y convicciones católicas.

En cambio, el Sr. Giner ha sustentado las doctrinas de Krause. No obstante, el Sr. Giner ha sido propuesto, no en primer lugar, sino en segundo, por cuya razón no comprendemos que puedan verse realizados los deseos de La Nación.

Hablando La Iberia del brillante discurso del Sr. Nocedal, se expresa en los siguientes términos:

«Si no hubiese incurrido en estas contradicciones, ni afectado hacia el liberalismo el sarcástico desden de que contra él hizo alarde, su discurso de ayer sería completo. Veremos hoy.»

La Iberia no ha podido menos de rendir tributo ante la elocuencia del Sr. Nocedal, que en el gran combate dado ayer al liberalismo, ha desplegado con el talento que le caracteriza. La Iberia encerrada en el estrecho círculo de aplaudir al Sr. Nocedal ó renegar de sus antiguas utopías parlamentarias, se ha visto precisada á exclamar: ¡el discurso del Sr. Nocedal es brillante! El periódico progresista reflexiona sobre lo mismo, y vuelve á exclamar: ¡ay, su discurso está plagado de herejías liberales! ¡progresistas no escuchéis sus palabras! El señor Nocedal, sin embargo, ha conseguido hacerse popular, á decir de La Democracia, y este voto nada sospechoso para su cara hermana La Iberia, le convencerá de que el pueblo español oye, escucha y aclama á los hombres de orden, honradez y talento, enemigos del liberalismo.

Esto prueba, en fin, que el viento revolucionario no ha inficionado aun el fondo del corazón español: no se distingue á los declamadores de oficio y á los sostenedores de los principios de los verdaderos derechos del pueblo. Nocedal ha derrotado por segunda vez al ministerio, y por segunda vez el pueblo español le aplaude y le admira en la presente legislatura.

El general O'Donnell prorrumpe ayer en sordas murmuraciones contra su mala estrella: cuando había creído que al sonar la última campanada de las cinco la dictadura habría triun-

fado, se encontró con que aquella campanada señalaba el primer toque de la derrota.

El Sr. Nocedal no concluyó, como O'Donnell esperaba: el señor presidente suspendió la sesión cinco minutos antes de la hora, y O'Donnell exclamó á sus vecinas gentes: «que se prorogue la sesión: que reviente el Sr. Nocedal: esto es inaguantable: así no se puede gobernar: yo me voy á mi casa. ¡Qué caudal! ¡qué instinto! ¡Ah! Calma, señor duque, calma; aun queda un día de acusación, y después quien sabe si espera un Waterloo. á S. S.

Al fin La Epoca va cayendo en la cuenta de que los partidos conservadores no pueden resolver la cuestión económica de España. Para ello fuera preciso que dejasen de ser liberales. El liberalismo es manjar tan caro como indigesto.

La Gaceta de hoy publica la ley que fija las fuerzas de la armada para el año próximo venidero y la que modifica la ley vigente de sanidad.

Tambien contiene el periódico oficial la circular que ha dirigido el ministro de Estado á nuestros representantes cerca de las Potencias extranjeras, con motivo del bombardeo de Valparaíso, y la comunicación que el jefe de nuestra escuadra pasó con el mismo motivo al representante de S. M. C. en Washington.

La abundancia de originales nos impiden insertar hoy en nuestro periódico estos documentos.

Al mismo tiempo, que llamamos la atención sobre las tristes noticias que publica el Monitor de Paris, acerca de los excesos cometidos por el Gobierno peruano contra los españoles residentes en Lima y en el Callao, noticia que pueden ver nuestros lectores en el lugar donde solemos insertar las transmisiones por el telégrafo, debemos advertir que el Gobierno español no tiene datos que confirmen las prisiones de los españoles.

Decíamos ayer que algo había por Alicante cuando el Sr. Caballero de Rodas, segundo cabo de la capitania general de Valencia, había girado una visita por aquella capital.

En efecto, hoy nos encontramos con que ha sido separado del gobierno militar de Alicante el brigadier D. Nicolás Argenti.

Sabemos tambien por un parte telegráfica que publica La Correspondencia, que en San Pablo de Palomar (Barcelona) hubo un alboroto anteayer con motivo de haberse abierto dos fábricas y de querer impedir algunos operarios que otros entrasen al trabajo.

Ayer volvió á producirse alguna alarma habiendo sido presos tres ó cuatro discolos.

Asegúrase tambien que las costas de Cataluña y Galicia están bloqueadas, aunque un periódico lo desmiente diciendo que los viajeros pueden embarcarse y desembarcarse sin la menor dificultad. No niega, sin embargo, que se ejerce allí mucha vigilancia, pero sin perjudicar á ningún ciudadano pacífico.

Esto no obstante, La Correspondencia con esa serenidad que la distingue, dice que las autoridades así civiles como militares de toda España, dan la seguridad de que en todas partes reina la tranquilidad más completa.

De Madrid podemos decir, sin asegurarlo, que los centinelas impiden á todas horas que nadie se acerque al cuartel de la Montaña del Principe Pio; que de noche está reforzado por 40 guardias veteranos el edificio de San Francisco el Grande donde hay dos cuarteles y donde están las prisiones militares; y en fin, que además de los sargentos que han salido para Filipinas y cuya noticia publicamos ayer, esta mañana han sido conducidos á Alicante, desde donde irán tambien á Filipinas, el comandante, oficiales y sargentos que se hallaban presos en el cuartel de San Francisco.

Para tranquilidad de nuestros lectores, advertiremos que segun dice La Epoca, los generales Prim y Contreras no se han movido de Paris y de Lisboa, y que por ahora, en el seno de la emigración había como una tregua respecto á los planes de trastorno en España.

Veremos si cuando pasen las circunstancias que «por ahora» impiden llevar á cabo sus planes á los primistas, vienen á armar un pequeño jaleo por este país. Como hace tanto tiempo que gozamos de paz (si esto es paz) bueno es que nos la alteren para no acostumbrarnos á malos vicios.

El periódico oficial publicará en breve los escalafones del ramo de correos, que están desde hace dos dias concluidos y aprobados.

—Parece que el día 4 del mes próximo es el designado para volver la corte á Madrid.

—Se han publicado los edictos convocatorios para la provision de la prebenda lectoral de la santa iglesia catedral de Lérida, vacante por fallecimiento de D. José Ibars.

—La fragata Tetuan ha salido ya del dique de Tolón, y dentro de un par de dias regresará á España. El ministro de Marina la visitará probablemente en Cartagena antes de que emprenda su viaje al Pacifico.

—De la tripulación de este buque formará parte el príncipe de Mónaco, quien al despedirse de la Reina ha recibido el encargo de S. M. segun refiere un diario ministerial, de manifestar á los bravos marinos que van á ser sus compañeros, la satisfacción y orgullo con que la Reina ha visto su proceder y la energía y sufrimiento con que sostienen en aquellos mares la honra del pabellón español.

—Hoy presentará en el Congreso el Sr. Figueroa una exposición contra el proyecto de autorizaciones suscrita por los vecinos de Talavera de la Reina.

—Se dijo ayer que estaba interrumpida la línea telegráfica de Granada; pero parece que fué produ-

cido este accidente por el temporal, y por la noche quedó restablecida la comunicación.

—El Banco de Santander ha acordado elevar desde el 22 del actual á 6 por 100 anual el tipo de interés para sus operaciones de descuento, y 7 por 100 para las de préstamo.

Los tenedores de deuda consolidada en aquella provincia han acudido á las Cortes solicitando que se les pague los intereses del segundo semestre del año pasado que aún no han podido cobrar.

—La caja Catalana industrial y mercantil ha publicado un anuncio en los periódicos de Barcelona anunciando que puesta de acuerdo con el Banco de aquella ciudad recogerá todas las obligaciones pagándolas en billetes.

—Hoy han sido denunciados El Español y La Discusion.

—El Sr. Gonzalez Serrano, dirigiendo en la sesión de ayer un consejo al Sr. Rios Rosas, le llamó el Machuca de los malos gobiernos.

Esta alusión puso en consternación á los ministros, que dirigieron una mirada iracunda al célebre defensor del tacto de codos.

Dice El Pabellón Nacional:

«Para satisfacer á las muchas personas que nos lo tienen prevenido, podemos manifestar que en la sesión de esta tarde resonará tal vez la voz de la persona, á quien tanto se desea oír.

—Estamos seguros de que el salón como los alrededores del Congreso, se hallarán sumamente animados con este motivo.

Suponemos que aludirá en tan enigmáticas palabras al Sr. Rios y Rosas. No parece, sin embargo, probable que se realicen los deseos del diario moderado.

Es indudable que esta tarde se votará en el Congreso el voto particular del Sr. Nocedal, aun cuando sea preciso prorogar la sesión indefinidamente.

Los ministros querrán mañana al presentarse en Consejo ante S. M. poner en su conocimiento el resultado de la votación. Obrar de otro modo fuera una prueba de falta de habilidad.

Segun despacho teleográfico de Bilbao, continúa en algunos pueblos de aquella provincia causando víctimas la viruela.

Parece que estos dias ha habido tempestades, granizadas y grandes aguaceros en la campaña de Alcalá y en otros puntos inmediatos á Madrid, debiéndose á esto, sin duda, el que haya tenido una crecida extraordinaria el Manzanares en la madrugada de ayer.

La diputación provincial ha señalado el lunes 28 del corriente, á las ocho de la mañana, para el sorteo de las decimas entre los pueblos á donde alcanza su jurisdicción y distritos de Madrid en el reemplazo último.

Varios periódicos llaman la atención del señor alcalde-corregidor, para que su autoridad dicte las órdenes convenientes á fin de que desaparezcan los canales que aun existen en abundancia en muchas casas de Madrid y sirven para propinar abundantes, molestos y terribles baños de chorro á los transeúntes en tiempo de lluvias.

ÚLTIMAS NOTICIAS.

Los diarios italianos que tenemos á la vista anuncian que se cree generalmente que las hostilidades comenzarán en la semana próxima. Todos los oficiales residentes en Turin, agregados al Estado Mayor del Rey, han sido llamados para que se presenten inmediatamente en Florencia.

CONGRESO.

El Sr. Nocedal sigue ocupando la atención de la Cámara y de un numeroso público que llena todas las tribunas.

Después de hablar de la cuestión de los cupones bajo otro concepto, distinto del de ayer, ha tratado de las deudas amortizables.

Una de las partes más notables del discurso del ilustre diputado ha sido la relativa á la autorización para el aumento del ejército. Ocupándose de este asunto ha hecho referencia al actual estado de Europa; ha dicho que la guerra que amenaza no es más que la lucha entre el derecho nuevo y la legitimidad; y que Bismark es el Cavour de Prusia.

El orador ha hecho un magnifico recuerdo de los acontecimientos en que España se vió envuelta á principios de este siglo, al mismo tiempo que tenía un ejército que combatir al lado de las armas francesas.

Poco después de tratar de este punto el señor Nocedal, rendido de cansancio, ha dado por terminado su discurso.

Después de una ligera rectificación del señor Romero Robledo y de algunas palabras del señor Udaeta y del Sr. Illas, empieza á contestar al Sr. Nocedal el Sr. Cánovas, ministro de Ultramar.

CÓRTESES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ARDANAZ.

Extracto de la sesión celebrada el día 25 de Mayo de 1866.

Abierta á la una, se leyó el acta de la anterior y fué aprobada.

Entrando en la orden del día continuó la discusión pendiente sobre el voto particular del señor Nocedal.

El Sr. Nuñez de Prado dijo que el voto del señor Nocedal, en lo que tiene de político, no es más que la síntesis de las doctrinas del grupo de que es jefe, y en lo que tiene de económico, la deducción lógica de los errores que el Sr. Moyano había expuesto con pasmosa prolijidad en dos sesiones consecutivas.

El Sr. Nocedal, enemigo del parlamentarismo, no le inspira confianza la política del ministerio presidido por el duque de Tetuan, que tiene por norte el alianamiento del régimen liberal en nuestro país. Al Sr. Nuñez de Prado esta política, que es la de resistencia al desorden, á las esperanzas quiméricas y á las empresas temerarias con las solas armas de la libertad, le parece una gran política.

Dijo que los parlamentos son cuerpos esencialmente políticos, que intervienen en el Gobierno por medio de la discusión, reflejando las exigencias de la opinión pública, y que no podían ni acostumbrarse á legislar sobre cuestiones económicas sino por medio de autorizaciones, acerca de lo que adujo ejemplos tomados de la historia de otros países y del nuestro.

Tratando de la cuestión de economías manifestó que estas no podía emprenderlas en grande escala el partido moderado, que es un partido centraliza-

dor y proteccionista, y que si fueran tan necesarias como decía el Sr. Moyano, no era este señor el que podría realizarlas sino un ministerio progresista de la escuela descentralizadora y libre-económica.

Hablando extensamente de los cupones y de la emisión, dijo que podía discutirse acerca de la conveniencia y oportunidad de llevar á cabo estas medidas; pero que del uso que el Gobierno hiciese de la autorización se tenía la garantía en la responsabilidad ministerial, porque el Gobierno había de dar cuenta á las Cortes en la próxima legislatura.

Hizo la historia de los arreglos de la deuda verificados en España y en otros países, demostrando que si la ley de 1841 estaba basada en una injusticia, como era la reducción del capital, de lo que no había ejemplo ni en España ni en el extranjero, no debía haber inconveniente en modificarla.

Concluyó manifestando que si el estado económico del país era malo, era peor su estado político, y que para resistir á la revolución era preciso prestar apoyo al Gobierno del duque de Tetuan que había dado muestras inequívocas de saberla contener sin recurrir á violencias ni á leyes de es-

cepción. El Sr. GONZALEZ SERRANO usó de la palabra para una alusión personal, y dijo que el dictamen de los abogados sobre la cuestión de los cupones, no tiene la importancia que se le quiere dar por que á los letrados se les pidió conforme á datos equivocados, y para demostrarlo leyó un documento que se encuentra en el expediente y pidió al duque de Tetuan que leyese dicho documento antes de llevar á la sanción el proyecto de autorizaciones, caso de que sea aprobado por las Cámaras.

Dijo que seguiría al duque de Tetuan hasta la cima, menos en la cuestión de cupones, y terminó dando consejos á los ministros, á los moderados, progresistas, demócratas, disidentes y Union-liberal, asegurando que los cupones se parecen á los cargos de piedra.

El señor ministro de HACIENDA dijo que él había citado las palabras del señor Pacheco porque no se referían á la cuestión de derecho sino á la de conveniencia de arreglar nuestro asunto.

Preguntó además al Sr. Gonzalez Serrano si al decir que la cuestión de los cupones se parecía á la de los cargos de piedra, había querido ofender á los ministros y á la mayoría de los diputados, y pidió que retirase la comparación.

El Sr. GONZALEZ SERRANO dijo que él había querido decir que conforme con la cuestión de los cargos de piedra se quería combatir al partido moderado, á pesar de no poder achacarse tal hecho á todo el partido, lo mismo pasaría en adelante con la cuestión de los cupones respecto á la Union-liberal.

El señor presidente del CONSEJO dijo que no podían hacerse comparaciones de actos que se traen á las Cortes para ser discutidos y aprobados con actos que estaban calificados y condenados como delitos.

El duque de Tetuan añadió que si el Gobierno continuaba en el poder, era por la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él, y solo continuaría mientras contase con la confianza de la Corona y el apoyo de las Cortes; que había traído á éstas un proyecto de ley que consideraba útil á la nación, y que si las Cortes no lo aprobaban no permanecería ni un momento el ministerio en el poder.

El señor presidente de la Cámara manifestó que él había creído oír al Sr. Gonzalez Serrano que sus palabras no estaban dichas con intención de ofender á los señores ministros ni á ninguno de los diputados que piensan como el Gobierno, é invitó al orador á que confirmase su creencia.

El Sr. GONZALEZ SERRANO dijo que era una ofensa suponer que él había querido injuriar á los señores ministros ni á los diputados de la mayoría, y que por el contrario, él consideraría como una calamidad para la nación la retirada del general O'Donnell del poder en estos momentos.

El presidente declaró terminado este incidente.

(Aquí usa de la palabra el Sr. Nocedal, cuyo discurso insertamos íntegro, tomándole del DIARIO DE LAS SESIONES.)

El S. NOCEDAL: Señores diputados: acabais de presenciar una escena verdaderamente parlamentaria: deseo que, borrada la impresión que ha dejado en vuestro ánimo, oigais benévolos la voz pacífica, tranquila y serena de quien no siendo amigo del parlamentarismo no promoverá escenas parlamentarias. Esta no es cuestión de discursos apasionados ni violentos; este no es asunto que permite á quien de ello sea capaz grandes vuelos de imaginación, de oratoria, esta es cuestión de razonamiento liso y llano, en que es necesario demostrar con la luz de la evidencia que lo que el Gobierno solicita de las Cortes no se puede conceder, y puesto caso de que las Cortes lo pudieran, no se debe conceder. No demos nada por Dios, señores diputados, que pensais como yo en este punto, no demos nada á la pasión política; no demos ocasión al crecimiento irremediable de la mayoría indignada; no demos el menor pretexto frívolo pero honroso, á que salgan los diputados de esta casa diciendo: ¿qué habíamos de votar si se nos ha insultado á la faz de España y de la Europa? ¡No por Dios, señores Diputados! Discusión tranquila y serena, demostración matemática y evidente de que no podemos dar lo que se nos pide, y de que no deberíamos darlo caso de que pudiéramos.

Voy á defender mi voto particular, y es excusado decir (¿quién no lo sabe, quién no lo espera?) que lo voy á defender con razones propias mías, exclusivamente mías.

Pero, señores diputados, cuando llegue la votación del proyecto que he tenido la honra de presentar como dictamen particular, no lo olvideis, no se van á votar mis discursos, no se va á votar mis preámbulos; se va á votar únicamente el artículo con el cual termina mi voto particular. El que no lo apruebe será porque no quiera; no salgamos luego diciendo que es porque está firmado por el Sr. Nocedal: el que no lo vote, que lo sepa el país, arrojando el diputado la responsabilidad de sus actos ó de su abstención. El que no dé su voto al dictamen particular, es que concede al Gobierno la autorización que demanda; es que no quiere votar como yo propongo la negativa que en mi concepto procede. Aquí no hay nada, absolutamente nada, que votar acerca de la firma que está al pie de ese dictamen; aquí no hay nada, absolutamente nada, que votar acerca del preámbulo.

lo que precede á ese dictamen; aquí no hay nada, absolutamente nada, que votar acerca del discurso que yo pronuncie en este mismo momento: se vota única y exclusivamente el proyecto que en un sólo artículo he tenido la honra de proponer al Congreso.

Yo bien sé que hay algunos señores, que asustados con la firma que va al pie de ese proyecto particular, recurren, piensan recurrir, se me ha dicho que recurrirán, yo no lo sé, á la ingeniosa estratagema de la fuga, al recurso heroico de abstenerse de votar. Bien: que lo hagan, están en su derecho; pero que sepa el país que con un pretexto en mi entender frívolo, aunque á los ojos de quien lo haga será una razón poderosa, va á haber diez y nueve ó veinte héroes que apelen á la estratagema de la fuga; que sepa el país, y que lo sepa de una manera evidente y clara. Y no es respuesta satisfactoria el decir: es que nos abstenemos de votar el dictamen del Sr. Nocedal, pero después nos proponemos votar contra el dictamen de la mayoría.

Señores diputados: ¿sois completamente nuevos en esta casa que honrais con vuestra presencia? Tan pronto como pase la votación de mi dictamen, el efecto moral está ya hecho; el señor ministro de la Gobernación soldrá en posta á decir por telégrafo á las provincias el resultado de la votación nominal, y ese efecto moral no lo vais á deshacer con lo que voteis mañana.

Ahora bien: poned la mano sobre vuestra conciencia; yo de todo me hago cargo; yo lo contemplo y lo considero todo; yo no vuelvo la espalda á ninguna cosa que sea razonable; tengo ahora mismo delante de mí la imagen angustiada, sinceramente angustiada, de algunos diputados que me dicen: ¿yo desearia no votar eso; pero no votar eso es un acto de oposición; y si el Gobierno pierde esta votación, tendrá que retirarse; y tengo para mí que la retirada de este ministerio es una gran calamidad para la nación española.

Yo contesto á esto, señores, que en las cosas humanas no hay nada perfecto; me dirijo á los que creen que el proyecto del Gobierno es malo, y únicamente se abstendrán de votar por temor á que el ministerio se retire.

Pues partiendo del principio que en el mundo no hay nada perfecto, todas las cuestiones están reducidas á medir y pesar las ventajas y los inconvenientes. El mayor de los inconvenientes del proyecto de ley consiste en gravar á la nación con una cantidad de 150 millones de reales al año, que nadie le podrá quitar en lo sucesivo; la prolongación del actual Gabinete en el poder va á cargar sobre la generación actual y sobre las generaciones venideras 150 millones de reales todos los años hasta que se pague el capital, lo cual será en la consumación de los siglos. Esta es la cuestión: ¿merece la continuación de este ministerio por un mes ó por un año, aun á los ojos de los que le juzgan bueno, el gasto perpetuo de 150 millones anuales? Poned la mano sobre vuestro corazón, estad lo que os digo, y volved luego á los pueblos de donde os han enviado vuestros electores. (Aplausos en las tribunas.)

El Sr. PRESIDENTE: A la menor señal de aprobación ó desaprobación que se note en las tribunas, los celadores las harán evacuar inmediatamente.

El Sr. NOCEDAL: Ya os he dicho, señores diputados, que es lo que yo vais á votar; pero tambien os he advertido que yo no puedo dejar de ser lo que soy y quien soy; por consiguiente, en este día, como en todos, os haré la exposición de mis doctrinas con lealtad y franqueza, aun cuando con escaso lucimiento.

No hay que hacerse ilusiones; el proyecto de ley presentado por el Gobierno de S. M. es de todos los proyectos de ley que yo conozco desde que soy diputado, el más parlamentario de cuantos he visto sobre la mesa. Yo soy sincero, lo repito; cosa más parlamentaria no la he visto.

Imaginaos, señores diputados, imaginaos que en el día de mañana hay uno de nosotros á quien se le antoja, para que estos cuerpos tengan verdadera independencia, y tal que todo el mundo la vea, proponer la incompatibilidad absoluta del cargo de diputado con los empleos del Gobierno. Imaginaos, mis dignos y estimables compañeros, que de la misma opinión participa la mayoría del Congreso y que este la aprueba; y después de aprobado por todos vosotros en votación nominal que el proyecto es bueno y oportuno, se levanta un ministro, y declarándolo cuestión de Gabinete, dice que el proyecto no es oportuno. Pues bien: mejor que hacer esto, mejor que desdecirse el Congreso, es autorizar al Gobierno para que resuelva á su gusto la cuestión. Prefiero este camino al de acordar una cosa y aceptar al día siguiente la contraria. Solo que en ese caso sería más acertado derogar la Constitución de la monarquía y declarar al Gobierno legislador único y permanente.

En la cuestión que nos ocupa, ya en lo relativo á los certificados de cupones, ya en lo que se refiere á las deudas amortizables ó á la emisión de títulos de la deuda, debería el Gobierno proponer su plan por medio de leyes especiales, como quiere la Constitución; pero si después de que manifestasteis vuestra opinión contraria á los proyectos ministeriales había de contradecirse el Congreso ante la declaración de que era cuestión de Gabinete, si os habiais de poner en ridículo desaprobando hoy lo que aprobasteis ayer, hace bien el Gobierno en pedir autorizaciones, que si destruyen y quebrantan la Constitución, y no dejan bien parados otros fueros, por lo menos os libentan del grave disgusto de poneros en contradicción flagrante cada día, á cada hora, y cumplir vuestro deseo, que no es por lo visto hacer buenas y seguras leyes, sino conservar ó derribar ministerios. Por otra parte, ¿qué más da? Entre votar las leyes como el Gobierno quisiera, ó autorizarle para que él las haga, no veo gran diferencia.

Mientras sigan las cuestiones de Gabinete; mientras los diputados no voten con arreglo á su opinión acerca del asunto de que se trate, sino atendiendo solo á si la cuestión es de Gabinete; mientras el Gobierno pueda hacer que se vote una ley solo con declararla de Gabinete, es mucho mejor el sistema de autorizaciones. Pues si parlamentario es lo primero, nada hay más parlamentario que el proyecto de las siete autorizaciones en un sólo artículo.

El proyecto de ley es en mi opinión, como acabo de indicar, extraordinariamente parlamentario. Pero estoy seguro de que se dirá: «Los diputados que se oponen al proyecto tienen tales y cuales defectos: el autor del voto particular tiene tales y cuales antecedentes políticos: el Sr. Moyano hizo no sé qué política en el año mil ochocientos y tantos, y el Sr. Mon ha hecho en los años de gracia tales y cuales, tal y cual cosa.» Esto no lo podrán comprender las gentes; pero es lo más parlamentario del mundo.

Y así es que correspondiendo mi digno amigo el señor Romero y Robledo a la esperanza que yo siempre tuve de que había de llegar a ser lumbrera del Parlamento, pronunció un discurso cuya mitad fué tan parlamentario como acabo de decir.

Voy a contestar con palabras ajenas a este género de argumentos, para condenarlos de una vez para siempre.

Conoce mi amigo el Sr. Romero y Robledo, y también el Sr. Nuñez de Prado, una fabulilla de Iriarte que se llama *El Pavo y el Cuervo*. Indudablemente la conocerán; son demasiado ilustrados estos señores para no conocer esta producción de Iriarte.

Pues la fabulilla, que como todas las de Iriarte es muy buena, dice así:

«A volar se desaliaron
Un pavo y un cuervo;
Al término señalado
Cual llegó el primero,
Consideró quien de ambos
Haya visto el vuelo.
Aguardate, dijo el pavo
Al cuervo de lejos:
¿Sabes lo que estoy pensando?
Que eres negro y feo;
Escucha, también reparo,
Le gritó más recio,
En que eres un pajaraco
De muy mal agüero.
(Como si dijéramos un neo-católico.)
Todo eso no viene al caso,
Le respondió el cuervo:
Porque aquí solo tratamos
De ver qué tal vuelo.»

En efecto, de lo que aquí tratamos es de saber si debe o no ser aprobado mi voto particular por el Congreso; pero de los defectos que recaigan sobre mi persona y sobre las personas de los señores Moyano y Mon, que han tenido la bondad de venir en mi ayuda para defenderle, de esos defectos no se trata. Si sólo se tratara de mí, yo no le diría al Congreso la moraleja de la fábula que escribió Iriarte; pero como se trata de mis dignos, queridos y respetables amigos los Sres. Mon y Moyano, oiga el Congreso la moraleja, muy breve por cierto, de la fábula de Iriarte:

«Cuando en las obras del sabio
No encuentra defectos,
Contra la persona
Cargos hace el necio.»

Excuso decir, señores diputados, que las palabras que se hallan en el primer verso de estos cuatro, en el párrafo de la moraleja, sólo se pueden aplicar a los Sres. Moyano y Mon, y que la palabra ofensiva, si se aplicase determinadamente a alguna persona, la palabra ofensiva que hay en el último verso, la calificación de necio, no solamente no la aplico yo al Sr. Romero y Robledo; sino a ningún señor diputado, y menos al Sr. Romero y Robledo, porque sería ponerme en contradicción conmigo mismo, que siempre he tenido a mi señoría en el concepto que se merece; sería ponerme en contradicción con la verdad, porque la verdad es que le tengo por discreto. Lo que aquí hay de necio, según Iriarte, es el modo de discutir, es el sistema. Pero, ¿qué le hemos de hacer, si ese es el sistema propio de estos tiempos de parlamentarismo y de parlamentarios? Iriarte llama a eso necio; yo no hago más que encomendarme a lo que dice Iriarte, porque en materia de letras es un gran maestro.

Pues, señores, ese sistema que yo llamo verdaderamente parlamentario, de aprobar las cosas sin examen, por medio de autorizaciones, a la ligera, sin que haya medio de examinar a fondo los expedientes, ni conocer las opiniones, ni saber las grandes razones que pueda haber en pro ó en contra de una ley, ese sistema es lisa y llanamente el sistema anticonstitucional. Porque, ¿cuál es, señores diputados, el sistema constitucional? ¿Que todas las cosas graves en que hayan de entender las Cortes se traigan aquí, por regla general, por medio de leyes especiales? Hay algunas cosas que no se pueden discutir en el Parlamento, es preciso confesarlo de buena fe, y con esto queda contestada la cita hecha por el Sr. Nuñez de Prado de algunas palabras de mi digno amigo é involuella colega el señor marqués de Pidal. ¿Quién duda esto, señores? ¿Cómo se ha de discutir, por ejemplo, en el Congreso de los diputados el código civil, ni el código criminal, ni el de procedimientos? ¿Cómo se ha de discutir en un Congreso ninguna ley técnica cuya formación está reservada al estudio y meditación solitaria y tranquila de hombres doctos? Las leyes de esta especie no pueden discutirse en los Parlamentos; pero ¿es tan absoluta como a primera vista parece la teoría del señor marqués de Pidal? Búscanse, es verdad, hombres eminentes en la ciencia de la codificación; se les congrega, se les reúne para que hagan el debido estudio de los libros a la vista y formulen la base constitutiva del código. Estas bases se traen a las Cortes, y las Cortes, después de examinarlas y aprobarlas, las devuelven otra vez al Gobierno, que este a su vez las pasa a la comisión de códigos, la cual ha de formular la ley completa. Así es, señores, como se hacen los códigos; así se hacen en una Monarquía constitucional, como en una Monarquía absoluta, y en las repúblicas mismas, porque no hay otro modo de hacerlas.

Esta es una excepción de lo que establece la Constitución del Estado, una regla aparte que sólo se aplica a esta clase de leyes; pero fuera de estas leyes, ¿cuál es el sistema constitucional?

El sistema constitucional es que se traigan aquí los proyectos de ley, que se nombre una comisión que los examine detenidamente y detalladamente, que proponga su dictamen, y que este dictamen arrastre tras de sí una discusión concienzuda sobre una materia concreta, y aquello es lo que después

se somete a la aprobación del Congreso. ¿Y es esto lo que se nos presenta en el caso actual? ¿Es constitucional la petición de siete autorizaciones heterogéneas en un solo proyecto de ley, en un solo artículo examinado por una sola comisión, sometido a una discusión tan sola? Y esas siete autorizaciones resuelven nada menos que las más graves é importantes cuestiones, las que más estudios necesitan de todas las que están sobre el tapete en este desventurado país. Será constitucional que se levante aquí un ministro y nos diga que la cuestión es cuestión de Gabinete, y como tal haga votar a los diputados diciendo a su vez: la ley nos parece mala, pero tenemos que aprobarla, porque no es cosa de que caiga el Gabinete por un voto más ó menos. Señores diputados: examinad esto en vuestra conciencia, poned la mano en vuestro pecho, y decidme si esto es constitucional.

Que se han pedido autorizaciones por todos los partidos, y que las ha pedido sobre todo el partido moderado.

Con este motivo se ha impreso un largo catálogo de autorizaciones pedidas y obtenidas por diferentes ministerios, y a esto tengo que contestar con tres razones. La primera no es mía, sino de nuestro compañero el Sr. Romero y Robledo, que incurrió en el curso de su peroración en una contradicción positiva y evidente.

Se argüirá diciendo: todas las leyes de crédito de la Unión liberal, todas las leyes económicas, lo mismo que las políticas, demuestran que la Unión liberal no es consecuente. ¿Cómo la Unión liberal, se dirá, que combatió en el fondo la emisión que hizo el Sr. D. Alejandro Castro, ya a acudir hoy al crédito? Yo no comprendo, por más que me afano en explicármelo, a qué fin puede traerse este argumento al debate, porque estoy seguro, segurísimo, de que se traerá.

Señores: es verdad que por aquellos tiempos las condiciones del crédito eran malas, tan malas, que si mi memoria no me es infiel, el ministro antecesor del Sr. Castro aseguró, con aplauso de sus compañeros, que luego le dejaron caer y opinaron de otro modo, que no emitiría en aquellas condiciones. Sin embargo, el Sr. Castro vino al ministerio, y la operación se hizo indudablemente en malas condiciones. Estas condiciones hoy son peores; luego el mal va en aumento: ¿qué fuerza tiene este argumento contra la Unión liberal? Yo no me lo explico; si en aquellos momentos hubiera sido llamada la Unión al poder y hubiera hecho entonces lo contrario de lo que decía en la oposición, entonces lo comprendo; pero desde entonces acá hay una laguna en el tiempo; han podido tener lugar grandes circunstancias que han podido variar la situación del mercado.

De aquí la explicación que le parece oportuna y adecuada, y sigue diciendo:

«No satisface esta explicación? ¿Es que la Unión liberal erró entonces? De que la Unión liberal erra en una cuestión que no es de principios ni de dogma, ¿ha de resultar su inhabilitación para el poder en lo sucesivo? ¿No es compatible el error en las ideas ó en la apreciación de los hechos con el más puro y acendrado patriotismo?»

Aplicad estas palabras a las autorizaciones moderadas, y queda perfectamente contestado el argumento.

Segunda respuesta que puedo dar a esa argumentación, y que tampoco ha de ser mía. La ha dado completa y magnífica un ilustre escritor a quien me unen lazos de estrechísima amistad; y yo, cuando puedo explicar las cosas con autoridades que no son mías, las prefiero, y por eso voy a citar las palabras del ilustre escritor para rebatir tan molheado argumento:

«El diario unionista hace en sustancia este argumento: la Unión liberal no tiene menos derecho que los demás partidos a ejercer el despotismo ministerial; la dictadura más ó menos parlamentaria es el sistema constantemente observado; ¿por qué nosotros no hemos de ser también dictadores, cuando la suprema ley del partido nos exige que lo seamos?»

Este no es un argumento de razón, sino de instinto; es un raciocinio, digámoslo así, brutal; es esa razón que impele a la fiera a devorar lo que encuentra al paso, en atención a que tiene hambre. Un homicida puede muy bien defenderse con semejante lógica: él puede muy bien presentar con horribles pormenores la larga estadística de los homicidios consumados en el mundo, empezando por Cain.

¿Qué importa que haya pedido no sé cuántas autorizaciones el partido moderado? ¿Qué importa que haya pedido no sé cuántas autorizaciones el partido progresista? ¿Qué importa que haya pedido no sé cuántas autorizaciones la Unión liberal? ¿Son lícitas y constitucionales esas autorizaciones? Esto es lo que hay que discutir y votar, y el argumento de hechos que han pasado a la vista, ciencia y paciencia de los partidos hechos dictadores con el título de mayorías parlamentarias, es el mismo que emplearía el asesino recordando la historia de los asesinatos desde el tiempo de Cain acá.

Pero hay una tercera razón que va a ser exclusivamente mía, y que os expondré con palabras más propias. ¿Tendréis aliento vosotros que sois todos nobles, francos y sinceros, tendréis aliento para lanzaros a decir que las autorizaciones anteriores tienen la más remota semejanza con la que estamos discutiendo? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En qué Cortes? ¿En qué día? ¿Bajo qué administración se ha presentado un proyecto de autorización parecida a la que están discutiendo las Cortes del reino? ¿Ha habido autorizaciones más ó menos amplias sobre puntos concretos; para cobrar las contribuciones; para plantear una ley examinada ya por un Cuerpo y no por el otro; para redactar una ley con arreglo a bases ya examinadas; pero esas siete autorizaciones en un sólo artículo para cobrar las contribuciones, arreglar los cupones y las deudas amortizables, para lanzar al mercado 4,000 millones en deuda consolidada y otra porción de cosas, ¿habéis visto que se hayan traído jamás a los cuerpos colegisladores? ¿Podréis decir con la cara grave y seria que corresponde a legisladores, que habéis echado mano de esta autorización fundados en los antecedentes de otras? Ciertamente que no. Autorización como esta no se ha presentado jamás: estais llamados a votar la primera autorización de este género. ¿Os atreveréis a votarla? La responsabilidad es grande, y allá con

vuestra conciencia responderéis a vuestros comitentes.

Me direis que es cosa particular y extraña que me haya constituido en defensor y constante citador de la Constitución política de la monarquía. ¿Es esto nuevo? ¿No me habéis visto frecuentemente sostener que estais matando la Constitución, por defender el parlamentarismo? Pero quiero dejar esto a un lado; no quiero hablar más de esto; tengo dicho sobre el particular todo lo que importa, y no insisto más en este punto.

Pero decidme: ¿se trata sólo de la Constitución política de la monarquía, más ó menos perfecta, más ó menos buena, más ó menos completa y acomodada a las instituciones españolas, a nuestras costumbres y hábitos? No por cierto.

Si sólo se tratara de eso, yo os diría, aunque no me gusta: observémosla mientras sea ley del reino; y si no parece bien, reformadla, que ya comprendéis que a reformarla en cierto sentido yo no me había de oponer. Cabalmente yo estoy siempre por que se provea a la Monarquía de armas fuertes y vigorosas con que pueda salvar a la sociedad en los días de peligro. Abierta tenéis la puerta, proponed la reforma cuando gustéis, pero no venga con dictaduras ministeriales, a pesar, y en trasgresión de la Constitución política.

¿Pero se trata única y exclusivamente de la Constitución actual? No por cierto: se trata de la Constitución que arranca de las entrañas mismas de la patria; se trata de la tradición constante de la nación española, de los usos, costumbres, fueros y buenas leyes que siempre han regido en estos reinos; se trata, en fin, de lo que no hacían vuestros antecesores en las Cortes de Castilla con el Emperador Carlos V, lo hagais hoy con el general O'Donnell. No creo que resulte rebajada con esto la figura del señor duque de Tetuan.

Ley 1.ª, título VII, libro sexto de la Recopilación:

«Que no se echen pechos, ni monedas, ni otros servicios en todo el reino sin se llamar a Cortes y ser otorgados por los Procuradores. Los Reyes nuestros progenitores establecieron por leyes y ordenanzas fechas en Cortes que no se echasen ni repartiesen ningunos pechos, servicios, pedidos ni monedas, ni otros tributos nuevos, especial ni generalmente en todos nuestros reinos, sin que primeramente sean llamados a Cortes los procuradores de todas las ciudades y villas de nuestros reinos, y sean otorgados por los dichos procuradores que a las Cortes vinieren.» (El Emperador don Carlos en las Cortes de Madrid del año 1525, capítulo 42.)

¿Os parece (se me figura que sí, por la sonrisa que veo en algunos de mis dignos adversarios), os parece que pidiendo esta autorización cumplis con lo que disponen nuestras leyes españolas consignadas en la Recopilación? Pues estais completamente equivocados sobre este punto histórico de las Cortes de Castilla. Tan lejos de ser cierto está lo que vosotros creéis, que los procuradores de las villas y ciudades jamás concedieron autorizaciones a los Reyes para que hicieran lo que vosotros pretendéis hacer.

Tan lejos de ser cierto está lo que pedis, que los procuradores de las villas y ciudades con voto a Cortes iban a ellas con instrucciones precisas y terminantes acerca de los desembolsos que habían de conceder. Tan cierto es que estais equivocados y yo en lo firme, cuanto que en las famosas Cortes de Santiago, convocadas por Carlos I de España y V de Alemania, a pesar de la importancia de la jornada; a pesar de tratarse de los gastos que se necesitaban para que el Rey tomase posesión de la Corona de Alemania para que había sido elegido; a pesar de la necesidad que había de humillar a la Francia; a pesar de estas razones, que expuso al abrir el sólo el conde de mayor de estos reinos, no se pudo evitar que el ilustre diputado de la ciudad de Toledo, D. Pedro Laso, dijese: «No me conviene nada de eso; nada de eso me parece bueno; ninguna de esas razones estimo suficiente para que España se meta en una guerra lejana en que no se controvierte ningún interés de la nación; perdóneme el Emperador; yo no votaré jamás esos impuestos.» Y yo, representante que he sido de Toledo; yo, que todavía le represento al mismo tiempo que a Navarra, ¿podré hacer por el duque de Tetuan lo que mi insignie antecesor no pudo hacer por Carlos V, Rey de España y Emperador de Alemania? No por cierto: si yo me atreviera a hacer eso, me creeria digno de ser escupido en la cara por los libres ciudadanos de Toledo.

Ya os he dicho, y esto es lo cierto, que considerada esta cuestión de buena fe y tal como racionalmente debe considerarse, no se trata aquí de una autorización para plantear una ley, no se trata de un voto omnínimo de confianza. Pues ahora bien: ¿qué es este omnínimo voto de confianza? No es ni más ni menos que una dictadura embozada, ó mejor dicho, ¿para qué hemos de dar a las cosas un nombre que no las corresponde? una desembozada dictadura.

Pues bien: la Constitución política que hoy rige la antigua Constitución de esos reinos, de la cual soy yo, lo confieso ingenuamente, bastante más partidario que de la que hoy rige, ¿consienten estas dictaduras votadas con autorización de las Cortes? Resultantemente os aseguro que no. ¿Qué reo dirá que no haya momentos dados en que sean indispensables las dictaduras? ¡Oh! no; bien lo sabéis: yo no rehuyo cuestión ninguna jamás; yo no dejo nunca de decir la verdad, disguste a quien disguste, plazca a quien plazciere. ¿No puede llegar un momento en que las naciones necesiten de una dictadura momentánea, pasajera, para librarse de las grandes catástrofes de que estén amenazadas? Yo no puedo negarlo; eso sería cerrar los ojos a la luz de la evidencia. Pero sabéis lo que hay de cierto en este punto y lo que nos dicen de consuno la historia del mundo y el buen sentido de los hombres?

Que esas dictaduras no se piden; que las dictaduras se toman; que las toma quien tiene derecho a tomarlas; que las sociedades las permiten y acatan cuando están indicadas por la Providencia, y que las rechazan cuando el dictador no merece ese puesto. ¿Cómo? ¿Pedir la dictadura? ¿Discutir la dictadura? ¿Discutir al dictador? ¡Buena quedaría el dictador después de discutido! Regla general: cuando creáis que la sociedad está en peligro y los ojos de todos están fijos en un hombre cre-

yendo que nadie más que él puede salvarla; cuando veáis que todos con más ó menos pena, pero con resignación, saludan a ese hombre, tened por cierto que aquel es el futuro dictador. Pero si le veis que viene ante las Asambleas a mendigar la dictadura, ¡oh! entonces bien podeis asegurar que ese no es el llamado por la Providencia para ocupar aquel puesto.

Cuando se viene a buscar la dictadura a estas Asambleas, donde se hacen las leyes con tanta pasión y con tanto ruido, ateniéndose menos de lo que se debiera, aunque siempre de buena fe, al interés sagrado de la patria, entonces no se trata sino del dictador de un partido contra los otros partidos: no es el dictador que ha de salvar la patria contra las naciones extranjeras ó contra la saña de las intestinas facciones; entonces es la mayoría la que confiere y aplaude la dictadura; no es la nación la que la confiere y aplaude.

Oigo decir a un estimable compañero, al cual aprecio mucho, entre otras razones, porque es como yo diputado por Toledo (y siento que como yo no imite la conducta de Laso); le oigo decir que eso propio aconteció en el año de 48 con el general Narvaez, duque de Valencia. Señores diputados: un momento de distracción de nuestro compañero me obliga a mi pesar a recordaros los rudimentos de la Constitución. Lo único que consiente nuestra Constitución es cabalmente lo que se hizo en el año 48: cabalmente la única cosa que está prevista en la Constitución es acudir por medio de una ley a pedir, ¿qué? La suspensión de ciertas garantías constitucionales, cuando está en peligro la causa del orden y de la sociedad, cuando la revolución asoma la cabeza, cuando la tempestad se desencadena, y no hay más remedio que batallar para dominarla.

Pero en fin, pasando por encima de que las dictaduras, en mi opinión, ni se piden ni se conceden, pasando por encima de estas consideraciones generales, que yo encuentro en la historia del mundo, y que además las veo confirmadas por el sentido común, de acuerdo y de consuno con la historia, yo quiero suponer hipotéticamente que las dictaduras se pueden pedir, que las dictaduras se pueden otorgar, y que los señores diputados se pueden ir muy tranquilos a sus casas después de haber erigido a un D. Fulano de Tal en dictador de la patria. ¿Qué derecho tiene el Gabinete que hoy se sienta en ese banco para venir a pedir la dictadura, señores diputados? Por lo menos, ¿qué derecho tienen a pedirla a los hombres de ciertas ideas? La dictadura en lo político, no; jamás se la podría yo conceder. ¿Por qué? Porque es cierto lo que he afirmado en el preámbulo de mi voto particular: porque es un Gabinete que en la política marcha al azar y a la ventura, sin norte y rumbo fijo, pero inclinándose siempre del lado de la revolución.

Recordo que cuando yo leía estas palabras desde esa tribuna, oí a alguien que me interrumpía por lo bajo, y me decía: «¿Pues ¿y la ley de imprenta? ¿Y la ley de asociaciones? Examinemos a la ligera y de pasada, pero al cabo examinemos estos puntos, señores diputados.»

¿Qué es la ley de imprenta que ha propuesto el Gobierno? La mayor prueba posible de que no se le puede conceder la menor dictadura. Está viendo con los ojos de la evidencia, está viendo de una manera incontestable que no se puede vivir sin la previa recogida, y por eso no acudir a la previa recogida que dicen que no es liberal, y en efecto, no lo es (lo confieso, y de ello me recógelo y me felicito), por no acudir a la previa recogida, dan... ¿en qué? En la crueldad, porque esta es la consecuencia del liberalismo. No podeis, no queréis ser previsores; pero tenéis que ser excesivamente represores. Y ¿qué significa esto? Incurrir en la crueldad, en la crueldad más inaudita, en una crueldad en la cual no podemos incurrir ninguno de nosotros los retrógrados, los absolutistas vergonzantes, ó como si dijéramos *pajaracos de mal agüero*, que aconsejan a los diputados no votar las autorizaciones. Si: la ley de imprenta de que blasonais, una vez desechada nuestra enmienda tan hábilmente defendida en esta legislatura por mi querido amigo el Sr. Heróles, que era la previa recogida, exigía alguna garantía para el orden social, y vosotros la consignasteis: yo os lo confieso; no os lo he negado nunca; pero ¿por qué desechasteis nuestra enmienda? ¿Por qué quisisteis dejar a la sociedad desgarbada y sin la única garantía poderosa contra los crecientes desmanes de la imprenta? Por ser liberales. ¿Por qué? Por inclinarnos del lado de la revolución. ¿Por qué? Porque no os dijéramos que seguiais el sistema retrógrado, el sistema racional de la previa recogida.

Y luego, señores diputados, el resto de la ley, aparte de ese artículo que recientemente se ha reformado, y que por ser liberal es cruelísimo, el resto de la ley, ¿qué bienes nos ha traído? Yo rogaria a mi antiguo amigo el señor ministro de la Gobernación que se levantara hoy, cabalmente en el día de hoy, y si no a mí no menos estimado amigo el señor ministro de Ultramar, que se levantara hoy a hacer la apoteosis ó la apología de la gran institución del jurado, de que la nación española es deudora a la gloriosa iniciativa del señor Cánovas del Castillo. No hay que decir que esas son cosas imprevistas, que traen consigo las circunstancias, que no se pueden prever de antemano: no; lo que está sucediendo hoy con el jurado de Madrid lo calculamos hace dos años, lo previmos, y se lo dijimos al señor ministro de la Gobernación.

El jurado, en mi humilde parecer, respetando el de los demás, es una magnífica institución de los pueblos bárbaros y salvajes; y aplicada a la imprenta, es el absurdo de los absurdos: es el complemento de las locas teorías que han de dar por resultado tormentas y tempestades. ¿Quién no sabía que doce hombres de bien sacados de sus talleres y de sus establecimientos no quieren ponerse mal con un periódico, a riesgo de que el día de mañana sean atropellados por haber dado un voto que se considera político? ¿Quién no sabía que no hay un vecino honrado en Madrid que condene a un periódico progresista ó a un periódico democrático, aunque crea que el periódico es culpado? ¿No lo calculaba eso el Sr. Cánovas del Castillo? Pues estaba ciego; yo no quiero dictadores ciegos. Pero es que esta autorización sólo es política en

un punto; de siete autorizaciones que se piden, sólo una es política, que es la última. A su tiempo me haré cargo de esta. Es que el proyecto, que ha dado en llamarse por ahí no sin gracia el diluvio de autorizaciones, es en su mayor parte económico. Pero, señores diputados, a propósito de la dictadura económica, a propósito de la gestión económica de los negocios, ¿tenéis confianza en el Gabinete que se sienta en ese banco? Yo tengo que empezar por decir que soy grande y verdadero y sincerísimo amigo del Sr. Alonso Martínez: yo tengo que comenzar por decir (bien sabe S. S. que esto es sincero) que no solamente estimo su amistad, y mucho, sino que le tengo por un hombre competente en todo aquello a que ha podido aplicar su elevada inteligencia. Y es más, me honraré siempre cuando me lo encuentre en cualquiera de los terrenos a que nos llevan los hábitos de nuestra vida, de nuestra profesión, de nuestros estudios, de nuestra manera de ser y de vivir; siempre he de ver en él un digno compañero ó adversario. Puesto caso que no fuera así, todavía, señores diputados, no he de ser imitador de algunos concudados míos a los cuales compadezco y no puedo hacerles mayor favor que el de tenerles compasión, que desacreditan a todos los hombres políticos que no participan de sus opiniones: no; yo no pertenezco a esa escuela; yo no quiero que los extranjeros, cogiendo los periódicos españoles, saquen en limpio que esta es una nación donde todos estamos metidos en el fango y en el cieno, porque cuando se leen los periódicos de Unión liberal este juicio se forma de los moderados y progresistas y el mismo juicio se forma de los progresistas y de los de Unión liberal cuando se leen los periódicos moderados; y así sucesivamente. No; yo vengo aquí a decir la verdad a mi patria y a mis conciudadanos; pero no vengo a arrastrarla a los ojos de la Europa por el fango de las malas pasiones, adonde quieren llevarla casi todos los periódicos que se publican en Madrid correspondiendo a la misión, que a mi juicio es diabólica é infernal, que tienen en esta época.

Así pues, no tema el Sr. Alonso Martínez que yo entre en ese terreno; primero, porque no es esta ni será nunca mi costumbre con mis adversarios: segundo, porque el Sr. Alonso Martínez es un digno adversario, a quien se debe estimar aunque se le combata; a quien se debe estrechar la mano como hombre de bien, como hombre de inteligencia, aun cuando no se apruebe su conducta.

Pero ¿qué es, decía ayer el Sr. Alonso Martínez, que es lo primero que haría el Sr. Moyano, v. gr., porque al Sr. Moyano contestaba, si tuviera en su familia un individuo atacado de una enfermedad aguda? ¿Qué haría en este caso el Sr. Moyano? Lo primero de todo, llamar a un médico. ¿Se tiene su señoría por médico en las materias de Hacienda? Pues qué, la probidad incontestable del Sr. Alonso Martínez; pues qué la inteligencia indisputable del Sr. Alonso Martínez, ¿han para poder dedicarse a la gestión de los negocios públicos en tan delicadas materias como la de Hacienda en una época tan calamitosa como la que atraviesa España, con cuatro ó cinco meses de estudio; por muy concienzudo y aprovechado que sea, sin otra preparación, porque no la tenía poco antes de ser ministro? Si la hubiera tenido el Sr. Alonso Martínez, no nos hubiera engañado, que S. S. no acostumbraba a engañar a nadie, y nos dijo que de esto no sabía nada poco antes de ser ministro. Pues bien: unos cuantos meses de aplicación incesante (no muy grande, sin embargo, porque el Sr. Alonso Martínez tiene todos los días que dedicarse al despacho de los expedientes y a buscar dinero para el día inmediato), ¿son bastantes para ponerse a la altura que necesita España, para componer y arreglar nuestros actuales males ó para curar la enfermedad aguda de que ayer hablaba en un oportuno símil el Sr. Alonso Martínez?

Luego, ¿quién no ve que el Sr. Alonso Martínez, ayer en este mismo ejemplo que ponía, era un médico eclético que no puede inspirar confianza a nadie? Era un médico eclético: ¿sabéis por qué? Decía el Sr. Alonso Martínez: está este país todo el empapelado; eran palabras de S. S. ¿Sabéis lo que yo discuro para curarle? Empapelarle más; *similia similibus*, la homeopatía aplicada a la Hacienda. Pero no creáis que el Sr. Alonso Martínez es un médico homeópata, es un médico eclético que no tiene fe en nada; porque los homeópatas dicen: *similia similibus*, pero en dosis homeopáticas; y el Sr. Alonso Martínez dice: *similia similibus*, mas papel: pero en dosis no homeopáticas, en cantidad de 4,000 millones.

¿Qué diría el Sr. Moyano, preguntaba ayer el Sr. Alonso Martínez, si un médico que llamado para curar, ó una pulmonía aguda, ó una calentura gástrica, dijera: «pues que la causa de este mal consiste en que el enfermo se ha expuesto al frío de la sierra de Guadarrama, es menester que cuando se ponga bueno no vuelva a exponerse, porque volverá a caer en la misma enfermedad.» ¿Qué diría el Sr. Moyano, preguntaba el Sr. Alonso Martínez, si un médico opinase de esta manera? Yo le diré al Sr. Alonso Martínez, en justa defensa del Sr. Moyano, porque tuvo la dignación y la benevolencia de defender mi voto particular, y además porque no le contestó S. S. queriendo respetar el tercer turno que estaba para mi reservado: ¿qué diría el Sr. Alonso Martínez, si llamado un médico para asistir a un enfermo de calentura gástrica viera que le estaban dando una fuente de magras con tomate? Diría: «yo no me puedo encargar de la curación de este enfermo: es menester empezar (porque la causa ó el asiento principal de toda calentura gástrica reside en los órganos de la digestión), es menester empezar por dar descanso a estos órganos; y este enfermo está loco y está loco su familia al hacerle comer una cosa de digestión difícilísima cuando se hallan padeciendo los órganos de la digestión.» Y yo digo del médico que no quisiera encargarse de esa familia de locos, que hacía eso con un enfermo de calentura gástrica, que era un hombre de razón tomando el sombrero y marchándose a la calle. Pues bien: ¿cuál es la base de curación a los ojos de todos los hombres racionales? Es empezar por dar descanso al órgano que padece. ¿Qué es lo que debemos hacer en este país donde nos consume el déficit del presupuesto? Que desaparezca el déficit. Pensar en ninguna otra cosa sin nivelar los gastos con los ingresos, es darle al que tiene calentura gástrica una fuente de magras con tomate.

Es absolutamente indispensable comenzar por la nivelación del presupuesto. Esto no es, como dijo ayer el señor ministro de Hacienda, una vulgaridad del Sr. Moyano. Esto es, ni más ni menos, una de las teorías que enseña el buen sentido, el sentido común, que es menester hoy día de la fecha oponer en España á las engañosas teorías de una ampulosa y mentida ciencia que nos ha perdido y nos está perdiendo.

Solo las teorías del buen sentido, del sentido común, que por desgracia es aquí menos común que todos los sentidos; solo las buenas teorías del sentido común, del buen sentido, enseñan la necesidad de la nivelación de los presupuestos: no es el único remedio, pero es la base cardinal é indispensable de todo remedio; y pensar en buscar remedio ántes de haber hecho eso, es dar lanzadas contra los molinos de viento.

Medicamento primero: dieta absoluta, rigorosa, nivelación del presupuesto; y después de hecho eso, la mayor parte del mal está remedado, y tenemos tiempo de curar la parte del mal que queda.

¿Y por qué esto remedia la mayor parte del mal? Pues es muy sencillo. ¿Qué le ahoga al Sr. Alonso Martínez? Le ahoga la imposibilidad de devolver á los imponentes de la Caja de depósitos las sumas en ella consignadas, si por ventura se presentan á pedir las. Pues yo digo al Sr. Alonso Martínez que desde el momento en que la nivelación de los presupuestos sea verdadera, efectiva, real, y de ello se convengan todos los españoles, ese día no habrá prisa por sacar de la Caja de depósitos los capitales que allí se hubieren impuesto.

Esto es de sentido común, señores diputados: esto lo saben en las provincias de Toledo y Navarra hasta los labriegos y patanes; y no porque ellos sepan las reglas de la economía política, sino por el buen sentido que hay que oponer, como digo ántes, á las teorías engañosas de una mentida ciencia.

Decía el Sr. Alonso Martínez: ¿pero no ve el señor Nocedal que una de las autorizaciones que proponemos es para hacer economías? Economías vosotros? Si, ya podemos juzgarlo; si, ya tenemos datos para examinarlos.

Viene un día lleno de celo el Sr. Fages, y propone la reducción del ejército. Eso no; dice el señor ministro de la Guerra: por este lado, señores diputados, renunciemos á hacer economías. Viene otro día el Sr. Cuesta, animado de no menos celo, y dice: suprimamos provincias; y dice el señor ministro de la Gobernación: eso no; en lugar de suprimir provincias hay que aumentarlas.

Viene otro día el Sr. Durán y Bas, y dice: quitemos de España la centralización que la ahoga; y dice el señor ministro de la Gobernación: descentralización no, de manera ninguna.

Y yo digo: ¿dónde vais á hacer economías, señores ministros, si no queréis reducir el ejército, ni las provincias, ni acudir al recurso verdadero de las economías, que es la descentralización administrativa? ¿Cómo vais á hacer economías, si uno por uno á todos los medios de realizarla que se os han propuesto os habeis ido oponiendo?

Que nosotros no proponemos nada. Estais en un error: no solamente proponemos algo, sino, que proponemos mucho; todo lo necesario para nivelar el presupuesto. Preguntaba el Sr. Alonso Martínez si se atrevería el Sr. Moyano á suprimir, por ejemplo, la Universidad de Valladolid. Contestación del Sr. Nocedal, autor del voto particular: yo suprimiría todas las universidades de España, excepto cinco, dejando una en Cataluña, que la estableciera en Cervera; otra en Salamanca, que respondería á una porción de necesidades de varias provincias de España; y que además recordase una verdadera gloria de nuestra patria; otra en Andalucía; otra en Galicia y una en Madrid, ó mejor dicho, en Alcalá de Henares, que no sería central, sino una de tantas. Todas las demás, las suprimiría. ¿Está dispuesto á hacerlo el señor ministro de Fomento?

Añadía el Sr. Alonso Martínez: ¿suprimiría el Sr. Moyano la provincia de Zamora? Yo no sé á esta pregunta qué contestación daría mi amigo el Sr. Moyano; pero yo de mí sé decir que suprimiría las dos terceras partes de las provincias de España; y suprimiría la centralización, con lo cual haría verdaderas economías, y después (no lo tomes á broma, señores diputados, lo digo con sinceridad), ¿queréis verdaderas, sólidas y positivas economías? Dad al pueblo español verdadera libertad, y suprimid el liberalismo que os lo que le ahoga y trae los desfillos que nos tienen arruinados.

Si, señores: es llegada la hora de decir con claridad al pueblo español, para que se persuada el día de hoy ó el de mañana, que lo que nos tiene arruinados es el liberalismo, que desde el año 54 estamos dando vueltas como ciegos y no encontramos salida para nada; que lo hemos perturbado todo hasta en sus cimientos, y que en aras del liberalismo hemos quitado y matado con el nervio y la savia de la nación la antigua libertad del pueblo castellano. ¿Sabeis lo que está pasando? Un gravísimo desastre, consecuencia inevitable de los errores y desfillos que trae consigo el malhadado liberalismo. ¿Sabeis lo que estamos atravesando? Estamos atravesando el Waterlón del liberalismo.

He dicho, señores, en el preámbulo de mi voto, que hay cosas que no votaría ni aun por medio de leyes especiales. La cuestión de los cupones, señores, se debe examinar primero á la luz de la justicia y del derecho, y después á la luz de la conveniencia. Examinémosla, pues, en el orden de la justicia, no porque es el primero en el orden numeral de las palabras, sino porque es el primero en la importancia intrínseca y verdadera. Yo escuso referir la historia del papel á que se da ese nombre. La había escrito con su acostumbrada claridad, con aquella claridad que todo el mundo le envidia, en un precioso folleto el insigne republicano D. Juan Bravo Murillo, y después la ha expuesto aquí con claridad no menos asombrosa el Sr. Moyano.

Una vez conocida la historia de ese papel, que llamamos certificados de cupones, apliquemos á los hechos sobre los cuales ya nadie duda los principios de la justicia y del derecho. ¿Qué fue la ley de 1851? La ley del año 1851 fué un convenio celebrado por España con sus legítimos acreedores. ¿Qué hace falta á esa ley para que se convierta en un convenio sobre el cual no sea permitido volver

á ninguna de las partes? La libre aceptación de la otra parte contratante. ¿Qué hace falta para que la aceptación de la otra parte contratante resulte libre, resulte espontánea, resulte tal que haga fuerza completa de derecho, aunque sea ante los tribunales de justicia? Única y exclusivamente el consentimiento. ¿Cómo puede ser el consentimiento con arreglo á las leyes del país y á las leyes de todo el universo civilizado? O expreso ó tácito.

Consentimiento expreso es el que consta y se hace constar por medio de palabras categóricas; consentimiento tácito es el que resulta de los hechos. Creo que no tendrán nada que oponer á estos principios elementales, ni el Sr. Alonso Martínez ni ninguno de los señores que sentándose en el banco azul, conocen, no ya los principios más altos de la ciencia, sino lisa y llanamente sus rudimentos. Ahora bien: ¿han prestado su consentimiento á la ley de 1851, los antiguos tenedores de cupones que se han convertido después en certificados de cupones? ¿Si ó no? Esta es la cuestión.

Pues bien: yo digo al Sr. Alonso Martínez, yo digo á todos los dignos compañeros que con él se sientan en el banco azul; yo digo al Congreso de los diputados que me escucha, yo digo á todos mis conciudadanos que el consentimiento, opóngase quien se opusiere, diga lo contrario quien quiera que lo diga, el consentimiento resulta claro, positivo, incontrovertible, evidente á los ojos de la ciencia, á los ojos del sentido común, á los ojos del entendido y á los ojos del ignorante. No tema el Sr. Alonso Martínez que yo falte al respeto debido á unos compañeros de profesión, á los cuales estimo y respeto, que son los que con sus dictámenes han dado alguna importancia, aunque no mucha, á esos papeles de los cuales antes se reía unánimemente todo el mundo. Esos dictámenes han sido dados con ciencia y con probidad, con lealtad y de buena fé; pero esto no quita para que yo diga que sus autores incurrieron en un error notorio y evidente, aunque probablemente invencible, porque todo abogado que responde á consultas en cuanto á hechos, se atiene á los que le pone de manifiesto el litigante. La ley de 1851 estableció un arreglo obligatorio ó un arreglo voluntario? Señores diputados: que era una ley de arreglo voluntario consta: primero, en los artículos de la ley; segundo, en el preámbulo de la ley; tercero, en los discursos pronunciados por el Gobierno y por la comisión en el Congreso y en el Senado. ¿Nada más consta que por esta parte? No por cierto: consta también por confesión de la contraria. ¿Cómo? Cuando?

En primer lugar, ya nos lo dijo el Sr. Moyano: en el hecho de haberse presentado los cupones á la conversión, en el hecho de haber acudido sus tenedores á aprovecharse de los beneficios de la ley, y sobre todo en la circunstancia decisiva de haber entregado los dueños los títulos de pedir. ¿Pero creéis que eso es poco? Pues hay más. Además de la ley que todos conocéis, que todos habeis leído, hay un reglamento que no pudieron menos de leer los tenedores por serles necesario sujetarse á él, porque tenían que obrar y proceder con arreglo á sus condiciones. Y dice el art. 65 del reglamento para ejecución de la ley del año 1851:

«Los títulos que se incluyan en las carpetas de presentación, y lo mismo los documentos nominativos y los recibos de intereses de todas clases, deberán precisamente llevar el endoso siguiente: A la dirección general de la Deuda pública para su conversión, con la fecha y la firma del que autorice las carpetas. Los cupones llevarán al dorso la media firma del mismo.»

¿Os parece esto poco, señores diputados? Pues tened la curiosidad de ver un modelo impreso de los que sirvieron para la conversión de cupones. ¿Lo queréis ver? Pues yo tengo uno en mis manos aquí está, lo dejo sobre la mesa: se insertará en el *Diario de las Sesiones*.

Sujetándose á la prescripción de la ley, que es clara, y á la prescripción del reglamento, que es más clara todavía, endosan el cupón, reconocen lo voluntario, y ponen su firma y todo lo demás que se exige. Una de dos: ó han reconocido en efecto con palabras expresas y terminantes el arreglo voluntario de la deuda, ó son unos fulleros que no merecen consideración ninguna de parte de hombres honrados.

Es menester que esto lo sepa el país. Es menester que esto lo ignore nadie en España; que para eso estamos aquí los diputados á Cortes. Si las Cortes del reino votan que se paguen los certificados de cupones, la ley será legítima, la ley deberá ser acatada por todos los españoles; pero conste ántes de que se vote, y ántes de que se sancione la ley, que será en provecho de unos hombres que han reconocido que era un acto voluntario el arreglo de la deuda, que han renunciado implícitamente con sus hechos, y explícitamente con palabras terminantes bajo su firma, á ningún otro emolumento más que el 50 por 100 que se les abonaba. Después que esto conste, después que esto sepan todos los españoles, voten lo que quieran los señores diputados; los españoles lo respetarán; pero si los diputados votan ese abono, será un acto de generosidad de los mismos, acto de generosidad que no lo hacen con su bolsillo sino con el bolsillo de sus comitentes.

Y vamos con la teoría del derecho, porque importa, lo repito, y no me cansaré de repetirlo, importa que todos los españoles queden plenamente convencidos de que no hay razón ni derecho para pagar los certificados de cupones: después, que se paguen. Sigamos con la teoría del derecho. Conste esto bien; primero, que por haberse prestado al acto con consentimiento explícito, ese consentimiento hace válido el derecho; segundo, que el consentimiento explícito resulta del acto del endoso firmado por ellos. Ahora bien: ¿por qué razones, aun mediante el consentimiento, pueden ser viciados los contratos? No me digais que llega un momento en que me pongo á examinar la cuestión como abogado. ¿Tengo yo la culpa de que las cosas se hayan presentado de tal suerte que se las dé valor porque vengan apoyadas en los dictámenes de algunos letrados? No, como diputado, tengo que pulverizar esos dictámenes, aunque me duela mucho, porque es grande en mí el respeto hacia los abogados que los firman.

Lo que se hace firme y verdadero con el consentimiento, sólo se puede invalidar por vicio en el consentimiento, esto es, porque se haya dado ese

consentimiento, ó por error, ó por dolo, ó por violencia. Si alguno de los señores letrados que me escuchan, sobre todo los del banco azul, no están de acuerdo con alguna teoría que yo siento, que me interrumpan. Digo que por error, por dolo ó por violencia en el consentimiento es como se puede invalidar un contrato. ¿Hubo error? No. ¿No sabían los tenedores de cupones lo que recibían y lo que se les daba? Desentendámonos desde luego de la hipótesis del error, porque no se puede sostener por nadie que en este caso le hubiera; nadie lo ha dicho: ni los tenedores de billetes, ni los letrados á quienes recurrieron. ¿Hubo dolo? Tampoco. El legislador español les dio clara y terminantemente lo que se les va á entregar, lo que van á recibir; y si la ley no lo dijera clara y explícitamente, lo dice expresamente el endoso de ese documento que firman: ¿Qué duda, pues, tenía que no hubo, que no pudo haber dolo? ¿Qué motivo hay, pues, para invalidar el contrato? ¿La violencia? ¡Oh! si: la violencia.

Si, señores: es cierto que he oído hablar allá en el seno de la comisión de que tuve el honor de formar parte, á que tengo el honor de pertenecer, porque no por haber formado voto particular reniego yo de la amistad que me une á mis dignos compañeros; oí en las discusiones luminosas que se celebraron en el seno de la comisión que esos infelices tenedores de cupones obraron bajo la presión de que si no cobraban el 50 por 100 no iban á cobrar nada; que esa presión fue la que les obligó á aceptar el contrato, á cobrar y embolsarse lo que cobraban. Pero, señores diputados, aquellos de vosotros que siquiera ligeramente habeis estudiado el derecho, ¿qué idea os habeis formado de la violencia á que pueda recurrirse para obtener el consentimiento que haga válido un contrato? No quiero definir yo la violencia; quiero dejar esa definición á la ley, al sabio Rey don Alonso, á la ley de Partida que está vigente. La ley 7.ª, tit. XXXIII, Partida sétima, dice así: «Metas en latín tanto quiere decir en romance como miedo de muerte, ó de tormento de cuerpo, ó de perdimento de miembro, ó de perder libertad, ó las cosas por las que podría amparar, ó de recibir deshonra por que fíncara enfamado: ó de tal miedo como este, ó de otro semejante, fíablan las leyes desde nuestro libro, cuando dicen que pleito (contrato) ó postura que omá hace por miedo non debe valer. Ca por tal miedo, no tan solamente se mueven á prometer ó hacer algunas cosas los omes que son flacos, mas aun los fuertes. Mas otro miedo que non fuese de tal natura... non excusaría al que se obligase por él.»

¿No han venido los tenedores de certificados ingleses á robustecer su pretendido derecho con la opinión de letrados españoles? Pues ¿qué otra cosa tienen que hacer los abogados españoles más que registrar las leyes de su patria? No consideran muy respetable la ley de Partida que dice lo que es y se ha de entender por violencia, para que aun mediando el consentimiento se dé por nulo el contrato? Pues si lo ignoraban, han cometido error de derecho, no aplicándola á la consulta que se les pedía.

Ese medio que explica y define taxativamente la ley de Partida, es el que llaman los tratadistas miedo que cae en varón constante. Pero, ¿hay algún caso en que sin llegar á tales extremos, pueda anularse un contrato por suponerse violentado el consentimiento? Si: el que presta á la mujer casada, comprometiendo sus bienes propios en fianza del marido, supone, y con razón, el legislador que la mujer casada accede sin voluntad verdadera por conservar la paz del matrimonio y la tranquilidad de la familia. Sucede lo propio con el huérfano desvalido, de menor edad, que es víctima de la rapacidad, avaricia ó descuido de sus guardadores.

Ahora bien: ¿en cuál de estos dos casos colocais al tenedor de los cupones? ¿En el de la matrona resignada ante la voluntad de su marido, á quien protege una ley de Toro, ó en el desvalido huérfano, á quien protegen las leyes de todos los países civilizados? Pues este es el derecho, señores diputados. Esta es en España la prescripción legal. Estas son las únicas cosas que pueden anular los contratos, aunque al parecer hubiera consentimiento explícito y terminante.

Pero yo no os negaré que á pesar de que las leyes no hablen nada de esto, á lo menos que yo recuerde, dicen también los tratadistas que en cuanto á la violencia hay que atenderse á la índole y naturaleza de las personas. ¿Si? ¿La índole y naturaleza de las personas es una cosa recomendada por los tratadistas, y si se quiere, aun por los mismos legisladores? Pues bien: examinemos la cuestión de personas. ¿Qué personas son las que reclaman? ¿Los infelices perjudicados en 1851? No: unos cuantos agitadores de Bolsa que compraron estos títulos al 4, al 6 ó al 8 para después sacar por ellos el 25, el 50 ó lo que fuera posible. Ya estoy oyendo que se me dice; pero con esa razón matas el crédito; esa razón que estás dando no es razón legal, porque los valores al portador lo mismo valen en unas manos que en otras; es que con esa razón atentais al crédito nacional.

Y yo respondo que no estoy hablando economía política, que os estoy hablando de derecho civil y de derecho civil, para juzgar de la violencia, hay que tener en cuenta (así lo mandan los principios) la índole y naturaleza de las personas. De modo que esa consideración que no vale en la Bolsa, vale en el estudio de un abogado y ante los tribunales de justicia. ¿Quién eres tú? ¿El desgraciado que sufrió la presión? Te amparo y te considero. ¿Quién eres tú? ¿El que especuló con la desgracia ajena? Huye de mi puerta; yo no te puedo considerar en nombre de la justicia.

Pero al cabo yo no puedo negar, aunque estas razones que acabo de exponer sean incontestables, aunque hasta ahora no hayan obtenido en ninguna parte contestación, que pesa de un modo tremendo y formidable la autoridad de los ocho respetabilísimos letrados del colegio de Madrid. Pero, señores, ¿ese es el único dictamen que han dado esos letrados? ¿Es el único caso en que han interpuesto su consejo como abogados? Examinemos esto: que bien lo merece.

Hace pocos días, la Real Audiencia de Madrid, en uso de su derecho y aplicando según su conciencia las leyes del reino, despachó mandamiento de ejecución contra el Banco de España por unos billetes presentados por el portador. El Banco se

creyó lastimado y agraviado por esta sentencia de la Audiencia del territorio. ¿Y qué hizo? Acudió á 15 letrados, me parece que eran 15, uno de ellos el Sr. Fernandez de la Hoz, á quien cito para que me diga cuántos eran, porque se me ha olvidado. ¿Catorce?

Pues de estos catorce, cinco eran de los ocho consultantes de los cupones. ¿Y qué dijeron? Que era insostenible el acto definitivo de la Audiencia; entre otras razones, por la capitalísima de que no obraba en autos el título del cual procedía la acción. Y el título del cual procedía la acción de los cupones, ¿me quieren decir los señores abogados consultantes dónde se encuentra?

Como estoy bastante avezado, más de lo que quisiera, porque trabajo más de lo que mis fuerzas físicas consienten; como estoy bastante avezado á los negocios forenses (bien lo sabe mi estimado compañero el Sr. Alonso Martínez, con el cual comparto mis trabajos con mucho gusto mío, unas veces como compañero, otras como adversario), comprendo la respuesta que se puede dar á este argumento, y la voy á anticipar. Estás hablando, se me dirá, de una acción ejecutiva, y la acción ejecutiva, que es de lo que se trataba en el caso del Banco, no prejuzga el pleito definitivamente; la acción ejecutiva no embaraza ni corta el paso á la acción ordinaria; quedaba por consiguiente al Banco, después de perdido el pleito, el derecho de seguirle en un juicio civil ordinario, con arreglo á la ley de procedimientos. El Sr. Alonso Martínez reconocerá la buena fé y la espontaneidad con que he dado á mi argumento la única respuesta, aunque artificiosa, que se le puede dar.

Yo pregunto ahora al señor ministro de Hacienda: ¿quiere hacerme el obsequio de formular una consulta tal como yo se la escriba y se la prepare, á 80 abogados del colegio de Madrid, empezando por los ocho que consultaron en el negocio de los cupones? La consulta ha de ser poco más ó menos la siguiente:

«Un portador de un billete de Banco va á cobrar el dinero que representa al Banco de España; el director, el cajero, el gobernador ó cualquiera de los funcionarios legítimos y legales del Banco le llama aparte y le dice: Sr. Fulano, portador del billete, Vd. viene á cobrar sus 4,000 rs., yo le declaro á Vd. en el seno de la confianza que el Banco en este momento no tiene esa cantidad; pero yo sé que Vd. está muy apurado, que le hace á usted mucha falta ese dinero; quiere Vd. transigir recibiendo 2,000 rs., y me entrega Vd. para inutilizarle este billete? El portador, á quien en efecto hacen mucha falta algunos dineros, recibe los 2,000 rs., y deja su billete de 4,000 en poder del Banco. ¿Puede este ciudadano español entablar al día siguiente contra el Banco una acción para cobrar los 2,000 rs. restantes á que renunció por un contrato libremente consentido, y que por su propia conciencia aceptó? ¿Si, ó no? Pues en este caso está, cuando más, el tenedor de los cupones; y anada el Sr. Alonso Martínez que el caso que yo he propuesto, que es indubitable é indubitado, pasa en el Banco á puerta cerrada, y que la conversión de los cupones pasó á la luz del medio día, á la faz de todo el mundo. Lo primero acaece con una persona verdaderamente necesitada, y se puede calificar de lo que vulgarmente se llama una componenda: de segundo, entre el Gobierno de una nación que de buena fé se dispone á entrar en una negociación, y unos especuladores que no necesitan dinero, que no necesitan nada; y digáseme si no es un contrato perfecto, y si no es la mayor de las iniquidades volver atrás de lo que está determinado en la ley.

Y si no, decidme; ¿por qué razón dos de esos letrados, cuando han sido ministros, no han vuelto á pensar en los cupones? ¿Por qué razón los que opinaban por el reconocimiento como medida necesaria para restablecer el crédito de España, no han introducido el remedio cuando han sido ministros, ni han tratado de resolver esa cuestión? ¿Por qué? Porque los datos que les habían dado los tenedores ingleses no confrontaban con los datos que existen en nuestras oficinas del Estado y en los diversos libros de consulta.

Pero en fin, señores diputados, quiero traerlos á la memoria lo que pasó aquí el día de ayer, y con lo cual quedará dado el golpe de gracia al proyecto de los cupones.

El Sr. Alonso Martínez presentó, hará como cosa de diez años, una demanda ante el Consejo de Estado; el Sr. Alonso Martínez, abogado de un particular, que creyó que ese particular podía tener razón, ó que el punto era dudoso, con arreglo á las buenas prácticas del foro, entabló la demanda ante el Consejo de Estado, y la demanda ante el Consejo de Estado no pudo, no podía tener lugar sin previa autorización del Gobierno de S. M. Con tal objeto se acudió al Gobierno para que dijera si procedía ó no la vía contenciosa, y el Gobierno expidió una Real orden declarando que no procedía la vía contenciosa; y no sólo no sentenció el pleito; sino que no se llevó adelante. ¿Qué ha hecho el Sr. Alonso Martínez cuando ha llegado al ministerio? ¿Ha realizado lo que dijo en su demanda? S. S. mismo lo dijo ayer: decía al Sr. Reina que le había salido esta vez el tiro por la culata: repito las propias palabras del señor ministro.

¿Qué creía el Sr. Reina, que el ministro había seguido la opinión del abogado? Pues nada de eso: el ministro ha hecho lo contrario de lo que el abogado pedía en su demanda. Señores diputados: ¿qué diríamos ahora de uno que viniera á sostener derechos fundados en la demanda de un abogado tan respetable como el Sr. Alonso Martínez?

Eso digo yo del dictamen de los ocho abogados, dos de los cuales han sido ministros de la Corona, y no piensan hoy como pensaban ántes.

He concluido sobre este particular, que por su índole no puede menos de fatigar á una Asamblea deliberante. El asunto de los cupones es de tal naturaleza, que he querido discutirlo bajo todos sus aspectos; asunto, señores, que he querido agotar hasta este punto para persuadir á todos los españoles de que se les va á obligar á pagar lo que no deben, para persuadir á los señores diputados de que el legislador no es omnipotente, que no puede nada contra el derecho, y que no tiene el de imponer al país la carga onerosa de los certificados de cupones. No; la teoría de que los Parlamentos lo pueden todo es una teoría tiránica; es una teoría

despótica que subleva los nervios y la sangre de todo hombre honrado. Los Parlamentos no lo pueden todo; los legisladores solo pueden hacer lo que exigen y autorizan la justicia y el derecho; cuando proceden contra el derecho y la justicia, son tiránicos y despóticos, llámense Rey absoluto, como Don Carlos III, llámense Cortes del reino. No, señores; lo que no se debe votar, no se puede votar. No, no es cierto que los Parlamentos lo puedan todo menos convertir á una mujer en un hombre. ¡Ojalá no sea cierto en cambio que en el Parlamento á la hora de votar se conviertan los hombres en mujeres!

Debo examinar todavía este mismo asunto bajo el punto de vista de la conveniencia; debo recorrer la cuestión de las amortizables y la de los armamentos, y como está para terminar la hora y yo me siento bastante fatigado, suplico al señor presidente que me permita concluir mi discurso el día de mañana.

El Sr. PRESIDENTE: Faltan pocos minutos para la hora, y accediendo á la indicación de V. S. suspendo desde luego esta discusión.

La sesión empezó á las nueve de la noche bajo la presidencia del Sr. Ardanaz.

El Sr. FIGUEROA presentó dos exposiciones contra el proyecto de autorizaciones.

El Sr. LORENZANA (D. Rafael) presentó otra exposición contra el mismo proyecto.

El Sr. POLANCO presentó otra exposición sobre el proyecto de ley de ayuntamientos.

El señor marqués de HEREDIA preguntó al ministro de Hacienda qué había de cierto sobre lo dicho por algunos periódicos de que estaba asegurado el pago del semestre de la Deuda, cosa que no comprendía estando todavía al descubierto algunas obligaciones del Estado en la provincia de Navarra.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que que podría en conocimiento del de Hacienda la pregunta del señor marqués de Heredia, pero que á veces estaban en descubierto algunas atenciones, porque había provincias cuyas contribuciones no bastaban á los gastos de las cargas públicas.

El Sr. SANCHEZ ASSO quiso contestar á estas palabras del ministro de la Gobernación, pero no lo consintió el presidente por no permitir el reglamento, y entonces dicho señor diputado anunció una interposición sobre este asunto.

El Sr. CANDAU apoyó su anunciada proposición, pidiendo que se declarara en liquidación el banco de Cádiz por estar fuera de las condiciones que le fija la ley de su constitución.

Para probar su aserto hizo una larga reseña de las operaciones mercantiles de aquel establecimiento que le han traído al mal estado en que hoy se encuentra, según el orador.

El señor ministro de HACIENDA le contestó que cuando ha pedido este expediente, ha encontrado que ultimado por la vía administrativa, había pasado al Consejo de Estado.

No negó que la dirección del banco de Cádiz hubiese ejecutado actos que no están en consonancia con los reglamentos de dicho establecimiento; pero manifestó al mismo tiempo los graves inconvenientes que trae el matar el primer establecimiento mercantil de una provincia, mucho más cuando ese establecimiento tiene hechos arreglos con sus acreedores.

El Sr. CANDAU rectificó, y después de él el ministro de Hacienda.

El Sr. Candau retiró su proposición.

Se leyó una proposición pidiendo autorización para construir un ferro-carril.

El Sr. ADAMS preguntó al ministro de Fomento si la aceptaba.

El señor ministro de FOMENTO expuso los inconvenientes de aprobar esta clase de proposiciones, en vista de los apuros en que se encontraban muchas empresas de líneas férreas, y creyó oportuno que se esperase á que estuviera presentado á las Cortes el plan general de ferro carriles.

El Sr. ADAMS retiró su proposición.

Inmediatamente después se levantó la sesión. Eran las doce.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Felipe Neri, confesor y fundador.—Tempora.—Ayuno.—Anima. SANTOS DE MAÑANA. La Fiesta de la Santísima Trinidad y San Juan, Papa.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Monjas Trinitarias, donde se celebrará al Misterio del día, con Misa solemne y sermón que predicará D. Juan García Rodríguez. Por la tarde á las cuatro se rezarán Matines; á las seis el trisagio, y después la reserva. Se dará la absolución general.

En la iglesia de las Salesas Nuevas se celebrará también al Misterio del día con Misa mayor, manifiesto y sermón que predicará D. Gregorio Montes. En la iglesia de monjas de Santa Isabel se celebrará la fiesta principal de Santa Rita de Casia, siendo orador en la Misa mayor D. Francisco Bermúdez Cañas; y por la tarde se cantarán completas, terminando con la reserva y procesión de la sagrada imagen de la Santa.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora del Socorro en San Millán, ó la de los Temporales en San Ildefonso.

Se reza de la Fiesta de la Santísima Trinidad, con rito doble, segunda clase, y color blanco, haciéndose conmemoración de la Dominica, de Santa María Magdalena y de San Juan, Papa y mártir.

SANTO DEL LÚNES. San Justo y San German, confesores.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas Trinitarias, donde la congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María hace función á la Santísima Trinidad con Misa mayor y sermón que predicará D. Bernabé Meneses. Por la tarde se celebrarán devotos ejercicios, terminando con procesión de reserva.

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS

Impta. de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 54.